CUENTOS POPULARES CHINOS

TOMO II

4008

Cuentos Populares Chinos

Tomo II

208

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
PEKIN 1962

Primera Edición, abril de 1959
Segunda Edición, febrero de 1962

Impreso en la República Popular China
Printed in the People's Republic of China

El pescadero y «Yack el tuerto»

(Cuento tibetano)

Había una vez en el Tibet un rey que no podía comer sin pescado. Justamente aquel año fue de una sequía terrible. Los ríos estaban casi secos, el pescado era cada vez más raro y al fin era imposible encontrarlo.

El rey no podía decidirse a comerse el arroz que tenía ante sí. Muy inquieto hizo colocar avisos en todas partes, anunciando que todo aquel que tuviese pescado, incluso salado, y lo llevara a Palacio, recibiría lo que quisiera de recompensa. Esta noticia se extendió rápidamente por todo el país. Un día se presentó ante el Palacio un hombre que llevaba pescado traído del extranjero e iba a ofrecérselo en seguida a Su Majestad. El centinela lo detuvo en la entrada y le preguntó:

— ¡Eh, palurdo! ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Adónde vas?

— ¡Euh! . . . Yo . . . yo . . . deseo obtener una audiencia de Su Majestad, nuestro gran Rey.

— ¿Por qué?, ¿qué tienes que hacer?

— ¡Euh! Pues que . . . tengo un pescado que traigo del extranjero y quiero ofrecérselo a S.M., nuestro Rey.

El centinela se dijo: «¡Un pescado! ¡Qué buen negocio hará el que se lo ofrezca al Rey!» Y a continuación respondió al buen hombre:

— ¡Bien! Deja el pescado aquí, yo me encargaré de hacer tu comisión.

— ¡De ninguna manera! Yo mismo se lo quiero ofrecer.

— ¡Véndeme este pescado! Te lo pagaré bien.

— No lo quiero vender. ¡He venido a ofrecérselo a S.M., nuestro Rey!

Como el aldeano se negaba resueltamente a venderle su pescado, el centinela modificó su plan y le propuso el siguiente trato:

— Te dejo pasar al instante si prometes compartir conmigo la recompensa que el Rey te dará. Si no, ¡no te dejo pasar!

El hombre respondió:

— ¡Estoy de acuerdo! Le daré sin falta la mitad de la recompensa.

— ¿Eres digno de confianza? ¿No vas a engañarme? Es preciso que lo jures — agregó el desconfiado soldado.

El campesino juró levantando la mano. Entonces el centinela lo dejó pasar. Pero apenas había dado dos pasos el buen hombre se volvió para pedirle al centinela:

— ¡Señor guardián, no sé su nombre! Dentro de unos instantes, cuando tenga que repartir la recompensa, no voy a poder encontrarlo.

— Me llamo «Yack el tuerto» y todo el mundo me conoce.

El aldeano entró en el Palacio y ofreció solemnemente el pescado al Rey, quien rebosante de alegría hizo preguntar inmediatamente al buen hombre cuáles eran sus deseos.

— Sólo quiero mil varillazos en los riñones.

Al saber esta respuesta, el Rey, sin poderse contener, rio a carcajadas y preguntó: «¿Se ha vuelto loco? ¿Una paliza de mil bastonazos en los riñones?»

El Rey se lo preguntó él mismo una vez más, pero ¡todo fue inútil! . . . El aldeano insistía en recibir la paliza. Ante esto, el Rey se vio obligado a darle los mil bastonazos, mas ordenó que se los pegaran suavemente para que no le levantasen la piel ni le hiriesen la carne.

El hombre se echó al suelo y le empezaron a dar los bastonazos, pero ligeramente. Cuando llegaron a los

quinientos golpes, nuestro aldeano se levantó bruscamente y declaró:

— ¡Basta! Yo ya he recibido mi parte.

Estupefactos, los asistentes miraban a este hombre verdaderamente original. Luego le preguntaron:

— ¿Qué vamos a hacer de la otra parte?

Entonces el aldeano contó al Rey lo ocurrido al llegar a Palacio y terminó con estas palabras:

— Majestad, tened la bondad de dar inmediatamente a vuestro centinela la otra mitad de la recompensa.

El Rey se puso furioso de indignación y ordenó que condujeran inmediatamente ante sí a «Yack el tuerto».

Este se hallaba forjando proyectos para emplear a su gusto la fortuna que contaba recibir. Cuando vio que se acercaban los hombres del Rey, saltaba de alegría e incluso se puso a brincar, pero cuando se encontró ante el Rey y vio su cara de indignación y su ceño fruncido, se le congeló el corazón. El Rey ordenó coléricamente que lo cogieran, lo echaran en el suelo y le dieran quinientos varillazos bien aplicados. Y le dijo:

— ¡Esta es la mitad de la recompensa que el aldeano te había prometido por el pescado!

En ese momento «Yack el tuerto» sintió un dolor tan fuerte en los riñones que no pudo tenerse de pie, pero se vio obligado a sonreir para darle las gracias al propietario del pescado. «¡Ah! ¡Amigos míos — decía —, y qué recompensa!»

La tortuga presuntuosa

(Cuento tibetano)

Una pareja de garzas de zancas largas y una tortuga vivían a orillas de un pequeño y hermoso lago. Como se hicieron amigas, vivían en paz. Jugaban, nadaban y se tostaban al sol en la playa; siempre estaban juntas, sin separarse nunca. En una palabra, eran felices.

Pero el año en que ocurrió esta historia, una espantosa sequía se abatió sobre el país. Durante cinco meses seguidos, desde marzo hasta agosto, no cayó ni una sola gota de lluvia. Los ríos y los torrentes dejaron ver el fondo de sus lechos. Las grietas quebraban los campos quemados por el sol. La suerte del pequeño lago no era mejor, se desecaba a ojos vistas. Una inmensa inquietud atormentaba a las tres amigas, que se hallaban muy tristes y suspiraban todo el día sin encontrar la forma de salir de la situación.

Un buen día las dos garzas tomaron el vuelo para informarse. Regresaron al atardecer y anunciaron a la tortuga:

— Amiga tortuga, hoy hemos visto emigrar en masa a la gente hacia el Lago Celeste. Incluso los topos se han marchado. Nosotras creemos que es necesario marcharse cuanto antes, pues quedarse aquí es morirse de sed y de hambre, tarde o temprano.

La tortuga, al oir estas palabras, cerró sus ojos de pupilas verdes, y estalló en sollozos:

— ¡Vosotras podéis saltar y volar; para vosotras es posible trasladaros al Lago Celeste! Pero yo no puedo ni volar ni correr; en menos de tres días de marcha dejaría por el camino mi caparazón. ¡Marchad! ¡Marchad! ¡Jamás hubiese creído, por la amistad que se ha forjado entre nosotras, que un día me abandonaríais!

La tortuga lloraba con tanto dolor que las dos garzas se apenaron y sintieron también humedecérseles los ojos de lágrimas. Verdaderamente no se decidían a marcharse sin ella y se decían entre sí: «Por el momento es mejor no emigrar, ¡quizás caiga un chubasco dentro de algunos días!»

Pasaron unos días, pero nada cambió. Durante la noche, el cielo estaba acribillado de astros, y durante el día, como de costumbre, un sol tiránico aguijoneaba con sus rayos. Estaba claro que a ese paso el pequeño lago se quedaría muy pronto seco hasta el fondo. Las garzas propusieron de nuevo mudarse de residencia. Mas la tortuga, sabiendo esta vez que no las podría retener, les suplicó:

— Si hemos sido tan buenas amigas hasta ahora, ¿por qué no hallamos un medio para que me llevéis con vosotras?

Los tres estuvieron devanándose los sesos un buen rato. Al fin las garzas dijeron a la tortuga:

— Se ha encontrado una solución, pero no sabemos aún si irá bien. . . ¡Escucha!. . .

Sin esperar que las garzas terminaran su frase, la tortuga, impaciente, preguntó con viveza:

— ¿Qué solución? ¿Qué solución?

— Busquemos un bastón. Nosotras dos lo cogeremos por cada punta con el pico y tú lo morderás en el centro y emprenderemos el vuelo, llevándote con nosotras.

La tortuga estaba tan contenta que saltaba de alegría.

— Es posible, es posible — dijo —. Absolutamente posible. ¡Vámonos! ¡Marchémonos en seguida!

Las garzas también estaban muy contentas. Antes de emprender la marcha, recomendaron a la tortuga:

— Sobre todo, métete bien en la cabeza que debes morder el bastón durante todo el camino. ¡Maldita la gracia que tiene caerse del cielo!

— ¡Oh! ¡Es claro! ¡Ni con un cuchillo me abrirían la boca!

Después de haberse puesto de acuerdo, las tres amigas comieron con apetito. Al día siguiente, muy de madrugada, se despidieron de su país natal. Las aves cogieron el bastón por sus puntas, la tortuga por el centro y nuestras viajeras emprendieron el vuelo. . . Y volaron, volaron, pasando por encima de inmensos y sombríos bosques, de centelleantes montañas nevadas, de templos con brillantes techos dorados, de llanuras que se perdían de vista. Así continuaron volando, volando, hasta que pasaron por sobre un pueblo. La gente miraba hacia el cielo y decía:

— ¡Miren, qué inteligente es la tortuga! ¡Se sujeta en el centro de un bastón y se hace llevar por dos garzas!

Las garzas continuaban concienzudamente su camino no haciendo el menor caso a estas palabras. Pero el corazón de la tortuga saltaba de alegría. La admiraban, ¿verdad?. . .

Más lejos, al pasar por encima de una colina, fueron vistas por unos pequeños pastores que se pusieron a gritar:

— ¡Mirad en seguida! ¡Qué inteligentes son estas garzas! ¡Sostienen con su pico un bastón y levantan en el aire una tortuga!

Las garzas tampoco prestaron ninguna atención a estas palabras. Pero ustedes ya han adivinado que a la tortuga le ocurrió todo lo contrario, que se puso colérica y pensó: «¡Esos tontos! ¿Cómo se atreven a decir que soy llevada por otro? ¡Qué descaro! ¡He sido yo la que ha tenido que encontrar este medio de transporte! ¡Van a ver! ¡Yo les haré saber a éstos, quién es, en realidad, la inteligente!» Furiosa, apeló a todas sus energías y gritó a los pequeños pastores: «¡Eh. . . !»

La tortuga no pudo acabar, apenas abrió la boca cayó derechito sobre un peñasco verdoso, con la cabeza hacia tierra y las patas hacia el cielo.

La chachatatutu y el fénix*

(Cuento tibetano)

La chachatatutu es el ave más pequeña y menos bonita de todas. Por el contrario, el fénix es el más bello y delicado de los pájaros.

Había una vez una chachatatutu que puso tres huevos en una mata de hierba. Pero cada día, cuando ella salía, un jerbo que tenía su madriguera cerca de allí, acudía sin hacer ruido a sorber los huevos. De los tres huevos del nido, dos habían ido a parar al estómago del jerbo. La pobre chachatatutu, presa de la más viva desesperación, fue volando a buscar al fénix para reclamarle justicia contra el jerbo.

— ¡Oh, fénix! — dijo muy tristemente —. ¡Oh, rey de las aves, cuán desgraciada soy! Un maldito jerbo ha devorado dos huevos de los tres que he puesto. Con esto se me ha desvanecido toda esperanza de tener dos

*En lengua tibetana. Se trata de un pajarito gris que hace su nido en la hierba.

encantadores pajaritos y vengo a pediros venganza y alivio para mis desdichas. El fénix, no dignándose molestarse por una pequeña chachatatutu no más grande que una pulga, le dijo agriamente:

— ¿No ves lo ocupado que estoy todo el día? ¿Cómo te atreves a importunarme por una fruslería? Después de todo, la madre tiene que velar por sus hijos. Si tú no eres capaz de cuidarlos, ¿crees que alguien lo hará por ti? Cada uno tiene el deber de proteger a sus hijos.

La chachatatutu, indignada por la dureza del fénix, exclamó en un momento de despecho:

— Me he presentado ante vos porque sois el rey de las aves. Pero vos me despreciáis y tomáis mi desgracia por una pequeñez. Puede que os equivoquéis. ¡A veces una insignificancia mal resuelta puede acarrear un gran desastre! ¡No me lo echéis jamás en cara!

El fénix ni se molestó siquiera en escucharla y distraídamente se limitó a murmurar entre dientes:

— ¡Hem. . . hem. . . en efecto!

La chachatatutu tuvo miedo de que el fénix no la hubiese oído bien y le dijo:

— ¿Por qué hacéis «hem. . . hem. . .»? Si algún día una pequeñez ocasiona un verdadero desastre, no culpéis a nadie más que a vos mismo.

El fénix no le hizo caso y continuó refunfuñando con impaciencia: «Hem. . . hem. . . en efecto». La chachatatutu llena de tristeza, tuvo que volver a su nido. Luego, presa de indignación, tomó una brizna de hierba, hizo con ella una flecha, se subió a una rama y se puso al acecho, esperando el regreso del jerbo asesino.

Al cabo de poco tiempo, hizo su aparición el jerbo completamente confiado y dispuesto a sorberse el último huevo. La chachatatutu, ciega de rabia, le lanzó su flecha, clavándosela en un ojo. Atormentado por un profundísimo dolor, el jerbo empezó a aullar y a dar vueltas hasta que, cegado, acabó por meterse en las narices de un león que estaba echando una siesta a orillas del mar. El león se despertó sobresaltado, sin saber lo que se le metía por la nariz, y dio un salto con tanta violencia que cayó de cabeza al mar.

Pero en el agua se encontraba nadando perezosamente un dragón, que al ver a un león precipitarse repentinamente contra él, se lanzó muy prestamente al espacio por miedo de verse devorado. Al atravesar el aire tropezó casualmente con el nido del fénix, rompiendo el huevo que allí se encontraba.

El fénix, ciego de furor, apostrofó al dragón:

— Tú eres el dragón y yo soy el fénix. Tú vives en el agua y yo vivo en la tierra. ¿Acaso no sabes que el fénix sólo pone un húevo al año y tiene un solo descendiente? ¿Tan necesario era volar como un loco fuera de tu reino acuático, para derribar mi nido y romper mi huevo?

— ¡Oh, fénix! No es a mí a quien tienes que reprender — respondió el dragón — . Mientras yo me bañaba tranquilamente, un león se tiró al agua para devorarme. Como es natural, tuve que ponerme a salvo al instante volando hacia el cielo. Si he destruido tu nido y he roto el huevo ha sido por accidente. Si tienes algo que

alegar, dirígete al león que me ha asaltado estando en mi casa.

El fénix se fue a buscar el león.

— ¡Oh, sapientísimo fénix! — dijo el león —, no eches maldiciones contra mí. Yo dormía apaciblemente en la playa cuando de repente un jerbo se metió por mis narices. Empujado por el dolor me tiré al mar. En realidad es el jerbo el que merece tus reproches.

Entonces el fénix se fue en busca del jerbo.

— ¡Oh, noble fénix! — dijo tristemente el jerbo —, yo no tengo la menor culpa, es a la chachatatutu a quien hay que imputársela. Yo me paseaba por la hierba y me hirió en el ojo con una flecha; entonces, para resguardarme de sus ataques me metí en el primer refugio que encontré: las narices del león. Toda la culpa es de la chachatatutu y es a ella a quien hay que censurar.

Al fénix sólo le quedaba hablar con la chachatatutu.

La respuesta de ésta fue muy solemne.

— ¡Oh, fénix — dijo —, no podéis negar que estabais prevenido! Recordad que me despreciasteis, no dignándoos siquiera escuchar lo que decía, por ser de cuerpo endeble y de alas cortas, porque no tengo mucha fuerza y menos belleza. ¡Vos tomasteis mis penas por una mezquindad que no valía siquiera un grano de sésamo! ¡Respondisteis que las madres deben velar su propio nido y que no os fastidiara más! ¿Y vuestra desdicha no puede ser también un grano de sésamo? ¿Por qué no vigiláis vuestro nido y vais por los alrededores buscando querella a todo el mundo? Cuando el jerbo sorbe mis huevos, eso no es nada. Pero si el dragón barre y

rompe vuestro nido, ah, entonces es un desastre. ¿Esa es vuestra justicia? Yo tengo que poner mis tres huevos en la hierba y cada día buscar mi sustento. Vos sólo ponéis un huevo y, además, en la copa de un árbol. A vos os es más fácil vigilar vuestros nidos que a nosotras, las pobres chachatatutus, los nuestros. ¿Acaso no os advertí que si algún día ocurría un desastre por cualquier futilidad sólo a vos mismo tendríais que reprocharos?

El fénix, confundido, estaba fuera de sus casillas y sin responderle nada emprendió el vuelo con la cresta baja.

La liebre y el mercader

(Cuento tibetano)

Un día la liebre dio un banquete a sus vecinos: el delicado tordo, el mirlo de silbido de oro y el pesado cuervo.

Durante el banquete se bebe, se canta y hay alegría. La liebre dice:

— Estamos todos contentos, pero podemos divertirnos aún más. Podríamos jugar una pasada a uno que yo conozco. . .

— ¡Sí! ¡sí! — respondieron a coro los pájaros.

Entonces la liebre dijo al cuervo:

— Delante de la tienda de campaña de lona, al pie de la montaña, verás dos hombres sentados, uno gordo y el otro flaco. Los dos tienen corazón cruel. Son mercaderes de pieles y pájaros. Cada año vienen a nuestra estepa y en ella hacen fortuna. ¡Mira! Están inclinados sobre el ábaco calculando sus beneficios. Hermano cuervo, ¿serás capaz de posarte encima de la cabeza del más gordo de los mercaderes?

— ¡Claro que sí, eso es muy fácil! — respondió el cuervo.

— Si lo logras, nosotros tendremos un espectáculo muy divertido. Pero recuerda lo que te voy a decir: cuando te poses por primera vez en la cabeza del hombre rechoncho, seguramente gritará: «¡Oh, qué desgracia! Un cuervo sobre mi cabeza. ¿Y tú, qué esperas para echarlo?» ¡Tan pronto como su flaco compañero acuda en su ayuda, tú echarás a volar! La segunda vez, cuando grite el mercader, el flaco tratará de tirarte el ábaco. ¡Ten cuidado! ¡Emprende el vuelo a tiempo! Entonces sí que nos vamos a reir.

El cuervo se marchó al punto a posarse sobre la cabeza del barrigudo, quien al sentirle sobre su mollera frunció el entrecejo hasta arrugársele la nariz, chillando a voz en grito:

— ¡Oh, qué desgracia! El cuervo se ha posado en mi cabeza. ¡Compañero mío, qué esperas para echarlo!

Su endeble acólito blandió el libro de cuentas con la intención de tirárselo al cuervo, pero éste viendo sus propósitos, echó a vòlar al instante y se puso a remolinar sobre la gran calvicie, bucheando: «¡croa!, ¡croa!»

El mercader frunció aún más el entrecejo y fue a sentarse al lado de su colega, disponiéndose a proseguir los cálculos en su ábaco.

Entonces el cuervo se posó por segunda vez en la cabeza del gordo mercader, que volvió a chillar:

— ¡Oh, qué desgracia! El cuervo ha vuelto a pararse en mi cabeza. Pero, amigo mío, ¿estás ciego? ¿por qué no le das un porrazo? ¡Rápido, mátalo, mátalo!

Ante tanta ansiedad e impaciencia, su colega perdió la serenidad, alzó el ábaco y. . . ¡plam!, se lo lanzó. Pero antes de caer, el pájaro estaba ya lejos. El ábaco se estrelló con gran precisión en plena cabeza del gordo. ¡Fue un golpe terrible. . . que hizo correr la sangre!

La liebre se estimaba vengada. Los pájaros contemplaban la escena y se partían tanto de risa que se caían de las ramas. La liebre se retorcía sobre la hierba.

Cuando regresó el cuervo, los comensales reemprendieron la fiesta, cantando a cual mejor. En cuanto a los dos ávidos mercaderes, no pudieron continuar sus cuentas. El gordo tardó más de un mes en reponerse del golpe del ábaco.

Distribuyamos el trabajo

(Cuento tibetano)

Un tarro de arcilla, una torta de tierra, un nabo, una mosca, una espiga de centeno y una aguja se reunieron para distribuirse el trabajo del hogar. El tarro asignó a cada uno su labor. Ordenó a la torta de tierra que fuese a buscar agua, al nabo que condujera la vaca al campo, a la mosca que hiciese apacentar al buey, a la espiga de centeno que ahechara el grano y a la aguja que barriera la casa, quedándose él guardando el aposento. Una vez dadas sus órdenes se subió a una estantería donde se sentó y permaneció inmóvil pensando en los asuntos del día. Los demás se fueron a cumplir su tarea y he aquí lo que ocurrió:

La torta de tierra fue a buscar agua, llenó su tinaja, pero como se mojó toda y estaba hecha de tierra se volvió una masa y se deshizo. Así, pues, en la casa se quedaron sin agua.

El nabo condujo a la vaca al prado, la mosca llevó a apacentar al buey. En el camino la vaca tuvo hambre

y se tragó distraídamente el nabo. El destino de la mosca fue perecer enterrada bajo un montón de boñiga por seguir muy de cerca al buey. La vaca y el buey ya no volvieron. . .

La espiga de centeno fue a aventar el grano. Apenas llegó a la era, una violenta borrasca se la llevó no se sabe dónde y tampoco regresó a casa.

La aguja buscó por todas partes la escoba y no sólo no la encontró, sino que ella misma se perdió rodando por una rendija del entablado. Naturalmente, el suelo no fue barrido.

El tarro de arcilla estuvo aún mucho tiempo sentado en la estantería. Cuando vio que los otros no venían se sintió vivamente inquieto. Y decía: «Son todos unos incapaces. Y todavía tengo que ser yo el que se ocupe de ellos. Es necesario que los busque y que vea yo mismo dónde están.» Dio un impulso para saltar a tierra, pero se rompió en mil pedazos. Se había olvidado que era de tierra. Y así la casa no tuvo a nadie que se ocupara de ella.

El cuervo castigado

(Cuento tibetano)

Después de la creación de la tierra, vino la primavera, el verano, el otoño y el invierno, y cuando se crearon las cuatro estaciones del año, entonces surgieron las flores, luego los cereales y los frutos. La vida de la gente era cada vez más feliz. Sin embargo, se quería vivir mejor, por eso se hizo un pastel con mantequilla, leche, miel y harina, que se confió al cuervo, para ofrecérselo al Dios del Cielo y pedirle al Todopoderoso que otorgase las cinco súplicas que a continuación se expresan:

Las cuatro estaciones deberían ser como la primavera, lo que permitiría el crecimiento y la prosperidad de todos los seres y evitaría al hombre las enfermedades derivadas tanto del calor como del frío.

Los cereales se sembrarían una vez y para siempre, darían buena cosecha todos los años y economizarían al hombre las fatigas de la labranza.

Las inundaciones, huracanes y granizadas dejarían de existir, evitando así calamidades al hombre.

Los hombres serían iguales en la tierra, la diferencia entre ricos y pobres eliminada y los pobres ya no serían oprimidos por los ricos.

En el mundo dejaría de existir la división entre los hombres en mandarines y ciudadanos, de forma que los mandarines ya no maltratasen a los ciudadanos.

El cuervo emprendió el vuelo, ofreció el pastel de los humanos a Dios y le dio cuenta de sus súplicas. Dios encontró que estas súplicas eran muy justas y acertadas y las otorgó, pero recomendó al cuervo:

— Ahora, serás portador de mis promesas; debes ir directamente al mundo de los hombres y cada vez que tú anuncies una promesa se cumplirá. Mas no te pararás ni hablarás en todo el camino.

El cuervo prometió hacerlo así y emprendió el camino de regreso muy ufano.

Como iba sintiendo cuan importante era, se decía: «¡Qué pájaro más excepcional soy! He realizado una misión muy importante para los hombres. ¡Soy verdaderamente extraordinario!»

No pudiendo contenerse, se detuvo en el camino posándose sobre una peña donde a menudo descansaba. Se mantuvo con la cabeza alta y sacudió sus alas negras para demostrar su pena y su fatiga. La peña lo saludó y le preguntó:

— Querido cuervo, ¿has comido albondiguillas con mantequilla del buda viviente? ¿Por qué estás tan ufano y contento?

El cuervo no respondió, se limitó a sacudir la cabeza, acordándose muy bien de que no debía hablar.

Pero la peña se quejaba:

— ¡Ah, amigo! ¡Qué orgulloso eres! Ni te dignas contestar. Sin duda desprecias a un pariente pobre como yo, desnudo y sin casa.

El cuervo no se pudo contener más tiempo y respondió:

— Amigo, vosotras, las peñas, siempre desnudas bajo el viento y la lluvia, naturalmente, pasaréis frío. ¿Cómo pasáis el invierno? — Bajó la cabeza, reflexionó algunos instantes y luego se decidió:

— Soy portador de las promesas de Dios. Pues bien, ¡tú serás la primera que te beneficiarás de ellas! En adelante, ya no habrá para ti diferencias entre las estaciones del año. Dejarás de sentir frío en invierno y calor en verano y nunca más tendrás tos ni resfriados.

Apenas hubo terminado, la promesa de Dios estaba cumplida. En todas las peñas floreció una hierba colorada, roja, violeta y parda, que no se agostó jamás. Desde entonces, las peñas no tienen frío ni enfermedades.

El cuervo, muy satisfecho de su obra, prosiguió su camino.

Luego se detuvo en el árbol donde tenía la costumbre de posarse. De nuevo se mostró muy altanero y sacudió las alas negras.

El árbol lo saludó y le preguntó:

— ¡Hermano cuervo!, ¿acaso has comido albondiguillas de *tsanba* de las que reparte el Gran Lama, que estás tan contento?

El cuervo no dijo nada, sacudió simplemente la cabeza y continuó sacudiendo las alas.

Y el árbol se mostró quejoso:

—¿Ya no somos buenos amigos? ¡Tú tienes algo que te satisface mucho y no quieres contármelo! Sin duda desprecias a un amigo como yo, que sólo tiene una vida corta y solitaria.

El cuervo respondió lleno de vanidad:

— Querido amigo, yo siempre soy fiel a la amistad. Pero tu vida es demasiado corta y solitaria. ¡Nos vemos poco en el curso del año! —. Después de haber dicho esa frase, inclinó la cabeza para reflexionar y al fin tomó su resolución:

— Hoy soy portador de las promesas de Dios. ¡Como testimonio de nuestra amistad, te voy a hacer beneficiario de ellas! A partir de hoy bastará que os planten una vez. Todos los años daréis fruto, creceréis y

tendréis una larga vida. Vuestra familia prosperará de día en día.

Apenas había terminado y la promesa de Dios se vio cumplida: en adelante los árboles vivirían y darían una nueva cosecha todos los años. Y los árboles se extendieron por las montañas, formando frondosos bosques.

El cuervo observó todo esto con gran satisfacción. Luego voló hacia el mundo de los hombres que le esperaban con impaciencia.

Cuando se halló entre ellos y vio cuan llenos estaban sus ojos de ardiente esperanza, se sintió muy cohibido. Sabía muy bien que las promesas de Dios que había dado a la peña y al árbol eran las mejores y las más importantes y que, por lo tanto, las súplicas de los hombres jamás se realizarían plenamente. Por eso recurrió a una odiosa mentira:

— Dios no aprueba vuestras súplicas; ha dicho que todo está bien en el mundo.

Estas palabras llenaron de desesperación a los hombres.

— Entonces, ¡siempre tendremos que vivir tan penosamente!

Poco tiempo después, Dios se acordó de la ofrenda del pastel que le hicieron los hombres. Estos recomendaron al cuervo que explicara al Todopoderoso que cociese el pastel al vapor, pero el cuervo se olvidó de decírselo. Cuando Dios puso el pastel al fuego para calentarlo, el pastel se esfumó. Dios se encolerizó y dijo:

— ¡La gente de la tierra es falsa e hipócrita!

— ¡Apruebo sus súplicas y ellos me ofrecen un pastel semejante! ¡Voy a castigarlos! —. Entonces pidió al Dios de las Cinco Espigas que fuera a la Tierra y recogiera todo lo que nace como grano y cereal.

En ese momento, las espigas de trigo, de centeno, los frejoles, las vainas de las habas y de las arvejas subían desde la raíz hasta la punta de los tallos. Al recoger los granos con sus largas manos, el Dios de las Cinco Espigas no las pudo abarcar todas de una vez. Algunas quedaron en la punta de las cañas. Cuando se volvió para no dejar ninguna, todos los pájaros de las montañas acudieron a suplicarle:

— ¡Oh, Dios de las Cinco Espigas! ¡No nos vais a dejar nada para comer! ¡Nos moriremos de hambre! —. El Dios de las Cinco Espigas se mostró caritativo y dejó los granos de las puntas de las cañas. Entonces, los pájaros contaron al Dios de las Cinco Espigas las fechorías del cuervo.

Al saber esto, el Dios del Cielo, lleno de indignación, mandó hacer venir al cuervo y lo maldijo:

— Incluso la muerte no puede castigar el mal que has hecho. Pero serás castigado. Te condeno a vivir en el chopo descarnado. Durante la primavera y el verano podrás procurarte alimentos, pero en invierno no tendrás nido; todas las noches el frío y el viento te harán caer, helado y transido de frío, nueve veces al suelo desde lo alto del árbol y antes de que amanezca. Tus plumas caerán y los hombres te considerarán como un pájaro de mal agüero.

Sin embargo, las promesas que Dios hizo a los hombres no se podían renovar. Estos tuvieron que bastarse a sí mismos. Tuvieron que repartirse los granos que dejó el Dios de las Cinco Espigas y desde entonces los granos sólo crecen en la punta de los tallos.

Desde entonces el cuervo no hace nido en invierno y vive en lo alto de un chopo desnudo; cae nueve veces del mismo antes de amanecer y es un pájaro que se está desplumando sin cesar. Sólo verlo causa escalofríos a los hombres.

El desquite del conejo

(Cuento tibetano)

Hace ya mucho tiempo había un conejo que vivía cerca de un león. Aunque vecinos, no vivían bien avenidos. El león era orgulloso y se vanagloriaba siempre de su fuerza; despreciaba al conejo, lo insultaba y lo amenazaba. El conejo pensó en vengarse de esta arrogancia insoportable. Un día le dijo al león:

— ¡Gran hermano! He encontrado un animal que se os parece extraordinariamente y que me ha dicho: «¿Conoces a alguien que se atreva a medir sus fuerzas conmigo? ¡Que se presente! ¡Si no, tendrá que obedecerme y servirme!» ¡Qué orgullo y altanería!

— ¿No le has hablado de mí? — le preguntó el león.

— Os he nombrado, naturalmente. Pero mejor me hubiera valido callarme. ¡Cuando le describí vuestra fuerza, estalló en carcajadas y pretendió que no erais digno tampoco de ser su criado!

Fuera de sí, el león lanzó tremendos rugidos:

— ¿Dónde está? ¿dónde está ése?

Entonces el conejo acompañó al león hasta el otro lado de la montaña y le mostró a lo lejos un pozo muy profundo, diciéndole:

— Está dentro escondido.

El león se acercó apresuradamente al pozo y lanzó una furiosa mirada por el orificio. ¡Es verdad! Hay allí un poderoso animal parecido a él y que lo mira con igual ferocidad. El león lanza un terrible rugido y el adversario hace otro tanto. El león está tan enfurecido que hasta las melenas se le ponen de punta y también las de su adversario del fondo del pozo. El león muestra sus dientes y avanza sus patas hacia adelante y el otro, desde el fondo, lo quiere atemorizar de la misma manera. Entonces, ciego de rabia, salta y se lanza contra el enemigo del pozo. . . .

¿Cuál fue el resultado? Que el león se ahogó, víctima de su fatuidad.

El zorro rey

(Cuento tibetano)

Había una vez un zorro voraz que irrumpió en una aldea para robar gallinas y que al pasar cerca de una tintorería, cayó en una cuba de índigo. Salió de ella como de estampía y huyó hacia su guarida. Luego cuando se encontró bajo los rayos del sol, su cuerpo brillaba como las piedras preciosas. Una vez llegado al bosque, los demás zorros lo observaban muy sorprendidos:

— ¿Quién sois?

— Me llamo Porta-Corona. El Emperador de la Corte Celeste me ha enviado aquí para ser Rey de los Cuadrúpedos.

Los zorros comunicaron esta bella declaración a todos los demás animales, que no habiendo visto nunca un pelaje de tal color, proclamaron rey al zorro azul.

Entonces montó en un elefante, hizo del león su guardaespaldas y, seguido de un largo cortejo, inició un viaje a traves del país.

Luego convocó en la corte al tigre y a todos los animales para que le rindieran homenaje.

Un buen día se acordó de su madre, que habitaba en un valle lejano, y quiso que compartiera sus riquezas y su gloria. Despachó al efecto a un zorro portador de este mensaje: «¡Madre mía! ¡Ven enseguida! Ahora tu hijo es el rey.»

La madre preguntó al zorro mensajero:

— ¿Cómo es ahora mi querido hijo? ¿Vive con gran pompa?

— ¡Vive con un lujo real! ¡Qué pompas y qué esplendores! En medio de su corte le rodean el león, el tigre y el elefante y, más allá, todos los zorros. Hace lo que se le antoja; pasa sus días reprendiendo e injuriando a sus súbditos; la menor cosa le encorajina y le pone furioso — respondió el mensajero.

La madre no estuvo muy satisfecha.

— ¡Qué desgracia si se comporta así! ¡Ya no voy!

Y en efecto, se quedó en su casa.

Pero el mensajero había adivinado toda la verdad sobre el rey. A su regreso, dijo inmediatamente lo que pensaba:

— ¡Basta de ceremonias! Este rey no es otra cosa que un zorro igual que nosotros; yo lo sé porque he visto a su madre y ella es exactamente igual que todos nosotros.

Ante esta noticia todos los súbditos del rey se indignaron y quisieron verificar si era zorro o no. Y uno de ellos sugirió:

— Que todos los zorros aullen. Si es un zorro, lanzará también el gañido del zorro como los demás.

Todos estuvieron de acuerdo y los zorros se pusieron a aullar.

El falso rey estaba en ese momento paseándose montado en su elefante.

Cuando oyó a sus semejantes, no pudo evitar un profundo aullido.

El elefante se detuvo. . . comprendió y se encolerizó:

— ¿Cómo te atreves a subirte encima de mí? ¡Impostor!

Y con una contorsión, el elefante hizo caer al suelo al zorro y aplastó con su pie al que les había tiranizado.

El camellito

(Cuento mongol)

Un hombre muy rico casó a su hija con el hijo de un gran mandarín y le dio por dote cien camellos blancos. Entre ellos se hallaba un camellito que acababa de ser destetado y arrebatado a su madre.

La camella pensaba sin cesar en su camellito y éste pensaba en su madre.

Obsesionado por la idea de volver a ver cuanto antes a su dulce madrecita, mientras iban en camino se escapó furtivamente.

Se puso a galopar, con la vista y los ojos al acecho.

Corrió a galope tendido al amparo de los cañaverales y sólo se detenía de vez en cuando para prestar atención al menor ruido.

«¡Qué bueno será apoyar la cabeza y dormir en la espalda de mi madre, verle sus ojos, que son como el sol y la luna; beber la leche de mi madre, tan suave como las hojas tiernas, y acurrucarme contra ella!»

Y mientras se dejaba llevar por tan agradables ensueños, apareció de pronto ante sus ojos un vasto lago que se perdía de vista. Imposible atravesarlo.

El camellito quedóse allí, perdido, sin saber qué hacer, hasta que saltó de las aguas del lago un gran pez.

Como al pez le resultó simpático el camellito le dijo que subiese a sus espaldas, que le pasaría a la otra orilla y así lo hizo.

El camellito ya cantaba victoria, pero sólo fue por unos instantes. Tropezó con otra desgracia, fue capturado por un camellero. Atado al cuello de un camello, el pobre camellito pensaba tan ardorosamente en su madre que no cesaba de llamarla.

El camello le preguntó por la causa, y el camellito le contó toda la verdad. Cuando el camello oyó su historia, sintió tanta simpatía y compasión por el camellito que acabó por roer la cuerda que le sujetaba y le dejó huir.

El camellito aceleró su carrera y al cabo de poco tiempo llegó donde estaba su madre.

La pobre camella casi se había muerto de pena por la pérdida de su cachorro. Acostada sobre la hierba, con los ojos llenos de lágrimas, dijo a su cachorro:

— ¡Hijo mío, me voy a morir! Duerme tres noches seguidas junto a mí, después que me muera. Al cabo de tres noches crecerán tres tallos de hierba sobre mi cabeza; coges cada uno de ellos y lo partes en tres trozos y luego te los comes. A continuación te vas hacia el Norte a reunirte con tu hermano mayor. Es de pequeña talla, tiene una larga cabellera y, como nosotros dos, es de color blanco. Le seguirás y durante toda tu vida estarás sano y salvo.

Cuando te pongas en camino en busca de tu hermano mayor, acuérdate de que no debes pasar la noche en las colinas ni tampoco en los lugares donde hayan acampado los hombres, sino en el lado meridional de las pendientes. Cuando hayas encontrado a tu hermano mayor, debes seguirle, marchando siempre en el centro del hato.

Una vez dichas estas palabras la camella expiró con los ojos llenos de lágrimas.

Tres noches después, sobre la cabeza de la madre muerta, crecieron realmente los tres tallos de hierba. El camellito se los comió y se dirigió hacia el Norte en busca de su hermano mayor.

El camellito era curioso por instinto.

«Yo puedo pasar muy bien una noche en la colina», se dijo.

Pero sobre la colina soplaba un viento muy fuerte y hacía mucho frío.

El camellito se acordó del consejo de su madre.

«¡Ah! Ahora comprendo por qué mamá me recomendaba que no pasara nunca las noches en las colinas.»

Pero el camellito no estaba todavía curado de su curiosidad.

«Yo quiero tratar de pasar una noche en un antiguo campamento.» Y así lo hizo.

Pero no pudo dormir, pues durante toda la noche venían animales en busca de las sobras de comida.

El camellito se acordó del consejo de su madre.

«¡Ah! Es por eso que mi madre me decía que no pasara la noche en los antiguos campamentos.»

La tercera noche, el camellito la pasó en el lado meridional de una cuesta. En realidad, la noche trascurrió apaciblemente.

Al fin, el cuarto día, llegó al punto donde se hallaba el hato de su hermano mayor y lo encontró muy fácilmente.

Pero el camellito se dijo:

«¿Por qué tengo que seguir obligatoriamente a mi hermano mayor, marchando en el centro del rebaño?»

El camellito se marchó a la cabeza del mismo, pero los de la primera fila lo mordieron con crueldad.

Luego se fue a la cola y una joven camellera lo golpeó duramente.

El camellito se fue entonces a un flanco de la manada, pero la arena y el polvo le cegaron los ojos.

Entonces, nuestro camellito comprendió que tenía que marchar en el centro del rebaño. En él todo iba bien, sin trastornos. Cuidado por su hermano mayor, se regalaba comiendo buenas hierbas, bebía toda el agua que quería y se divertía con las historias que su hermano primogénito le contaba. En una palabra, pasaban juntos una vida muy feliz.

«Las palabras de mi madre eran muy juiciosas. ¡Cómo se las agradezco a mi pobre y querida madre!», pensaba a menudo el camellito.

La justicia y el dinero

(Cuento mongol)

Había una vez en la estepa de Mongolia un cantante ciego. Durante todas las estaciones del año erraba por los prados, llevando consigo un fiel violín. Con sus cantos y narraciones divertía a la gente humilde y la libraba de sus enojos. Durante los largos años de su vida sobria y frugal, había logrado reunir un modesto caudal para su vejez. Sin casa ni hogar, ¿cómo iba a encontrar un escondite seguro para guardar su dinero ahorrado? A menudo sentía inquietud, pues por aquel entonces los bandidos hacían de las suyas en todas partes.

Encontró una solución, metiendo su dinero en una cartera de cuero bovino, grueso, que le ofreció uno de sus fervientes auditores. Esta cartera la llevaba en su seno y jamás se la quitaba de encima. Sin embargo, la desgracia se abatió sobre él.

Un buen día en que el sol brillaba con todo su esplendor y la brisa acariciaba suavemente la hierba de la estepa sin que una nube alterara la armonía del cielo

infinito, nuestro cantor cantaba con ardor, sentado como siempre al centro de un grupo de gente. De pronto apareció un hombre ricamente vestido—chaleco de paño azul, camisa de satín, gorro de seda negra de través en la cabeza y botas relucientes—, que se acercaba cimbrándose. Después de haber medido al cantor con sus pequeños ojos de garbanzo, se abrió paso entre la multitud y se agachó frente al ciego, fijando la vista en el pecho del cantor callejero.

Una vez que terminaron las canciones, la multitud se dispersó. El desconocido ricamente vestido saltó sobre el ciego y le arrebató su bolsa. Pero éste tuvo aún la presencia de ánimo de asir fuertemente la manga del ladrón y de gritar, al mismo tiempo:

— ¡Al ladrón!, ¡al ladrón! ¡Se ha visto jamás tanta audacia! ¡Atreverse a robar ante todo el mundo!

Al oir sus gritos, la gente acudió precipitadamente. El cantor no soltaba la manga del granuja. Los espectadores indignados apostrofaban unánimemente al miserable:

— ¡Vampiro! ¿Por qué maltratas a este pobre ciego?

Al mismo tiempo se apoderaron del ladrón para conducirlo al yamen, ante el mandarín. Pero el ladrón forcejeaba mostrando la cartera del cantor:

— ¿Es posible que este viejo ciego posea tanto dinero? ¡No ven que es una intriga contra mí!

No obstante, él no soltaba la cartera.

Tanta bribonada atizó aún más la indignación general y de buen grado o por fuerza lo condujeron ante el mandarín.

Instruido el expediente, el magistrado hizo sentar al ciego a su lado e instó al ladrón:

— ¡De rodillas! ¡Confiesa tu crimen! ¡Despojar sin piedad a este pobre cantor! Esto es una infracción a la ley en el propio dominio del príncipe; eso es pisotearla.

Temblaba y se excitaba a medida que hablaba. Por el contrario, el ladrón permanecía impasible.

— Excelencia — dijo —, ¿cómo puedo yo, hijo de una familia ilustre, cometer tal crimen? Mis antepasados se cubrieron de gloria y yo tengo suficiente fortuna; ¿ qué necesidad tengo de robar a este miserable ciego?

Estas palabras acabaron por exasperar al magistrado.

— ¡Pues bien! Tus antepasados eran de mala semilla, por eso han tenido un descendiente ladrón — replicó vivamente —. ¡Aún tienes la osadía de apelar al renombre de tus abuelos! ¿Acaso tu comportamiento demuestra que tus antepasados eran virtuosos?

— ¡Excelencia! — protestó el truhán —, el nombre de mi ilustre padre es conocido y reputado. Tanto el emperador, como el príncipe o los altos dignatarios de la Corte, los nobles y los grandes personajes lo conocen bien.

El mandarín se quedó perplejo.

El pérfido ladrón lo aprovechó para añadir.

— Apuesto cualquier cosa que el nombre de mi padre no os es desconocido.

— ¡Veamos! ¿Quién es tu padre?

— Es el venerable «Tabintai», de espalda curvada y cara picada de viruelas* — respondió el ladrón lanzándole una mirada llena de promesas.

Después de un instante de reflexión, el magistrado se acarició el mentón y declaró sonriente:

— Tu proceso está diabólicamente embarullado. Se te juzgará mañana.

Encerró al ciego y al ladrón en dos celdas separadas. A medianoche, el ladrón hizo llevar al mandarín un gran zueco de dinero de cincuenta «taels».

Al día siguiente, cuando se abrió de nuevo el juicio, la actitud del mandarín había cambiado como de la noche al día.

— ¡Ciego miserable! — gritó al pobre cantante —, ¿por qué en vez de codiciar la riqueza e importunar a las familias nobles vertiendo tu bilis, no llevas una vida más honesta y ordenada? ¿Te das cuenta de la enormidad de tu crimen?

El cantante, después de haber afrontado este embate de imprecaciones, sabía ya muy bien a qué atenerse. Sin decir palabra, se puso a escarbar el suelo con las manos, luego puso la oreja contra el suelo. Parecía verdaderamente oir alguna cosa.

El magistrado encontró todo eso muy extraño.

— ¡Eh! ¡Ciego! ¿Qué diablos haces ahí? — le preguntó.

---

*Es la descripción del «tael», moneda antigua que tenía la apariencia de pequeños lingotes de plata en forma de zueco. «Tabintai», que significa cincuenta, hace comprender al mandarín que puede ganar cincuenta «taels».

— Excelencia — respondió con calma el cantor callejero —, ayer oí en este mismo lugar la voz de la justicia, pero hoy me parece oir el tintineo de cierto metal, posiblemente de monedas, y quiero desenterrarlas para ofrecéroslas.

Luego agregó:

— ¡Me veo privado de la luz del mundo, pero la naturaleza me ha dotado de oídos muy finos, que oyen los sonidos que salen de la tierra e incluso perciben la voz del corazón humano! . . .

Estas palabras causaron tan viva inquietud en el alma del mandarín que ya no quiso oir más al ciego. Ordenó a sus hombres que expulsaran de su palacio al pobre ciego.

Los siete hermanos

(Cuento de la nacionalidad jan)

Al pie de una alta montaña, cerca del mar, se encontraba en otros tiempos una aldea en la que vivía un viejo que tenía siete hijos, todos ellos grandes y robustos varones. El primogénito se llamaba El-rechoncho, el segundo Sopla-aquilón, el tercero Cuerpo-de-bronce, el cuarto Manda-al-fuego, el quinto Zancadas-largas, el sexto Pies-de-gigante y el séptimo Absorbe-todo.

Un buen día el viejo llamó a sus siete hijos.

—Al oeste de nuestra aldea — les dijo —, se alza la montaña y al este se extiende el mar. Ya veis lo difícil que es salir de aquí; si pudiéseis alejarlos un poco más, me daríais una gran alegría.

Los siete hermanos se fueron a ejecutar el deseo de su padre. Poco después, cuando el viejo salió de su casa se vio sorprendido por un raro espectáculo: la montaña había desaparecido y el mar se había retirado sin dejar rastro. A su alrededor se extendía, hasta

perderse de vista, una llanura fértil; la tierra era de miga, ligera, no demasiado húmeda ni excesivamente seca; es decir, estaba en su punto, era fácil de trabajar y respondía a sus deseos.

— ¡Qué tierra maravillosa! — exclamó el viejo ante sus siete hijos —. Sería una lástima que la dejásemos inculta. Es preciso sembrarla —. Como los siete hermanos opinaron lo mismo, pusieron manos a la obra.

Al cabo de algún tiempo, los brotes de primavera crecían admirablemente, cubriendo toda la llanura. Las espigas doradas llegaban a su punto y se balanceaban, empujadas por los vaivenes del viento, junto al mijo rutilante que llegaba ya a la cintura. Este espectáculo llenó de satisfacción al viejo y a sus siete hijos.

¿Quién podía prever que esa bienaventuranza sería la causa de tráfagos inauditos?

En efecto, tras los muros de su Palacio, el Emperador tuvo noticia de esta tierra maravillosa y se empeñó en acapararla. Inmediatamente despachó allí a sus más altos ministros con el mandato imperial de reclamar los censos señoriales.

Cuando el viejo se enteró de la noticia, se ensombreció y dejó escapar un suspiro:

— Hijos míos — les dijo —, aquí se termina nuestra dicha, pues el vientre del Emperador es un pozo insaciable que nunca podremos colmar. Estamos condenados a trabajar sin descanso para él toda nuestra vida, si nos sometemos.

Las palabras del viejo llenaron de viva indignación el corazón de los siete hermanos que respondieron al unísono:

—No temáis nada, padre; los siete marcharemos a la capital para hacer entrar en razón al Emperador.

Pero apenas los siete hermanos estuvieron a la vista de la ciudadela, el general que mandaba la guardia los había ya divisado de lejos. Muy alarmado, cerró precipitadamente las puertas, las atrancó con fuertes barras de hierro y las aseguró, además, con un enorme candado. Luego, subió al torrejón.

Cuando los siete hermanos llegaron a las puertas de la ciudad, El-rechoncho alzó la voz:

— ¡Abrid! Abrid a los siete hermanos que vienen a hacer entrar en razón al Emperador.

Atrincherado en su torrejón, el general sacó la cabeza.

— ¡Euh! . . . No serán los campesinos — balbució temblando —, quienes harán entrar en razón al Emperador.

Estas palabras sacaron de quicio a El-rechoncho, quien extendió los brazos y. . . ¡bum. . .! las puertas y el torrejón se hundieron como una nube de polvo, enterrando al general bajo sus ruinas.

Los siete hermanos prosiguieron su camino. Ante la Puerta del Meridiano encontraron el portal herméticamente cerrado.

—Hermano mayor — dijo a su vez Sopla-aquilón—, ahora reposa un poco. Yo me encargaré de abrir la puerta.

Y gritó con fuerte voz:

—¡Abrid! Abrid a los siete hermanos llegados para hacer entrar en razón al Emperador.

Sopla-aquilón gritó hasta desgañitarse, pero todo fue en vano. Como ya empezaba a exasperarse, exhaló un soplido y como si fuera una violenta borrasca abatió en un santiamén la Puerta del Meridiano y las columnas de mármol blanco con grabados de dragones.

La corte en pleno se hallaba sumida en la mayor de las confusiones. Magistrados, generales, nadie se atrevía a afrontar a los siete hermanos.

Ante el trono, el tercero de los hermanos, Cuerpo-de-bronce, intervino:

—¡Hermano, reposa un poco! ¡Soy yo el que voy a decir al Emperador cuál es su comportamiento!

Cuando tuvo ante sí a Cuerpo-de-bronce, el Emperador se puso de color de cera. Dijo alarmado:

—¡Cómo un vil campesino puede pretender hacerme entrar en razón, a mí, el Emperador! ¡Que le corten la cabeza!

Estas palabras hicieron estallar de risa a Cuerpo-de-bronce:

—¡Pruébalo primero en mi brazo para que te convenzas! — le dijo.

Y como extendía el brazo hacia un general, la hoja reluciente de una cimitarra se abatió. ¡Cric! ¡crac!, saltaron chispas y, ante la sorpresa de todos, la cimitarra voló hecha añicos.

Lívido de espanto, el Emperador cayó del trono. Sus ministros tuvieron que sostenerle hasta sus habitaciones.

Dándose cuenta de que con el hierro no acabaría con los siete campesinos, dio orden de suprimirlos por el fuego.

Acto seguido numerosas bolas de fuego rodaron, en medio de un torbellino de humo, sobre los siete hermanos. El cuarto, Manda-al-fuego, se adelantó:

—Retiraos un poco y haced una pequeña pausa. Dejadme a mí que le haga frente.

Y pisaba las bolas incandescentes, al tiempo que se burlaba de sus adversarios:

—Aún estoy temblando de frío; esas chispas no son más que minucias.

Petrificado de miedo, el Emperador llamó a sus militarotes y generales:

—¡Tirad a esos siete bellacos al mar! ¡Ahogadlos inmediatamente!

—No vale la pena que os deis tanta molestia — dijo el quinto hermano, el Zancadas-largas—, justamente tenía deseos de tomar un baño.

En algunas zancadas llegó hasta el mar azulado, cuyas olas reverberantes sólo le llegaban al tobillo.

—No es muy profundo. Ni siquiera se puede uno bañar. . . Pero puesto que estoy en el agua voy a aprovechar esta ocasión para coger pescado.

Con el torso encorvado, tiró y tiró sobre la costa pescados negros, plateados, muy largos, de diez toesas,

incluso de cien toesas. En un quitaipón, se alzó en la orilla una montaña de pescados.

Sin embargo, el sexto hermano, Pies-de-gigante, al ver que no volvía el quinto hermano, exclamó:

—Voy a llamarle.

De una zancada, se halló al borde del mar.

—Hermano mayor — le interpeló —, ¿cómo es que te distraes pescando, si todavía no hemos terminado con las cuestiones importantes?

—Si pensáis que vais a hacer entrar en razón al Emperador — le interrumpió Absorbe-todo —, ¡estáis bien arreglados! Pues si pudiera dar oídos a lo que vosotros queréis decirle, ya no sería emperador.

Sin darse la molestia de concertarse con sus hermanos, se bebió el mar de un trago y luego se volvió y lo lanzó a grandes raudales sobre el palacio imperial, formando un torrente que derribó la muralla de la ciudadela y arrastró bajo sus aguas al Emperador, a sus ministros y generales.

La muerte del tigre

(Cuento de la nacionalidad jan)

Había una vez una buena viejecita que un hermoso día tuvo la suerte de encontrar una moneda de cobre cuando estaba barriendo su patio. La guardó en un jarro de greda roja donde acostumbraba a poner el arroz.

Para guisar el desayuno, la viejecita abrió el jarro y vio que estaba medio lleno. Sacó el arroz que necesitaba y guardó su último puñado para el mediodía. Cuando dieron las doce, la viejecita levantó la tapa. ¡Prodigio! Estaba otra vez medio lleno de arroz blanco. Preparó la comida y dejó de nuevo otro puñado para la comida siguiente, pero a la hora de preparar la cena el tarro volvía a estar medio lleno.

La viejecita era feliz hasta lo más profundo de su corazón. Siempre dejaba la moneda en el tarro de greda roja, segura de encontrar al preparar cada comida medio tarro de arroz blanco.

Cuando el tigre de la montaña supo esta noticia, se presentó ante la vieja para pedirle su moneda de cobre.

Como es natural, la viejecita se negó. El tigre lanzó un terrible rugido:

— Esta noche volveré y después de haberme hartado comiéndome tus huesos, ¡me apoderaré igualmente de la moneda!

Atemorizada por la idea de morir triturada por los colmillos del tigre, la viejecita estalló en sollozos, pero muy pronto secó sus lágrimas. Cogió la hoz con ánimo de afilarla. Cuando la hoja tocó la muela hacía «siega, siega».

Al oir este ruido, las arvejas preguntaron:

— Abuela, ¿por qué afilas la hoz?

— Queridas mías, el tigre quiere mi moneda, pero yo no se la he dado. Va a venir esta noche para comerme y si afilo la hoz es para cortarle la cabeza.

— Todas nosotras te ayudaremos, abuela.

— Pero, ¿qué podéis hacer, queridas mías?

— Abuela, nos acostaremos en el umbral.

De un solo impulso las arvejas saltaron a tierra y se acostaron ante la puerta, mientras la abuelita continuaba afilando su hoz y la hoja seguía haciendo «siega, siega» sobre la muela.

Pero el ruido intrigó al huevo que preguntó a su vez:

— Abuela, ¿por qué afilas la hoz?

— Querido mío, el tigre quiere mi moneda, y como me he negado a dársela, vendrá esta noche para comerme y afilo la hoz para cortarle la cabeza.

— Yo te daré una mano, abuela.

— ¿Y qué puedes hacer, querido?

— Abuela, yo me sentaré en el hogar.

Y el huevo se sentó en el hogar, mientras la vieja seguía afilando y la hoja repitiendo «siega, siega» al contacto con la muela.

Pero el ruido hizo salir de su agujero a un cangrejo, el cual preguntó:

— Abuela, ¿por qué afilas la hoz?

— Querido mío, el tigre quiere mi moneda, pero yo me lo he negado, vendrá esta noche dispuesto a comerme y afilo la hoz para cortarle la cabeza.

— Pues bien, yo te ayudaré, abuela.

— Pero, ¿qué podrás hacer, cangrejito?

— Yo me acurrucaré en el jarro del agua, abuela.

Y el cangrejito se subió al jarro, mientras la viejecita continuaba afilando su hoz y la hoja hacía «siega, siega» sobre la muela.

Pero ante este ruido, un gran garrote preguntó:

— Abuela, ¿por qué afilas la hoz?

— ¡Ay, garrote! El tigre quiere mi moneda, y yo no se la he dado, vendrá esta noche para comerme y afilo la hoz para cortarle la cabeza.

— Abuela, yo también me quedaré con vosotros.

— ¿Y tú garrote, qué vas a hacer?

— Abuela, me acostaré al borde de la cama.

Y el garrote de un salto ocupó su puesto, mientras la vieja continuó afilando su hoz y la hoja haciendo «siega, siega» sobre la muela.

Ante este ruido, la rana verde dio un salto y preguntó:

— Abuela, ¿por qué afilas la hoz?

— Querido mío, el tigre quiere mi moneda y porque no se la he dado, vendrá esta noche para comerme y es para cortarle la cabeza que afilo mi hoz.

— Cuenta con mi ayuda, abuela.

— ¿Y tú qué puedes hacer, querido?

— Abuela, yo me instalaré en la cabecera de tu cama.

La rana saltó y se acurrucó en la cabecera de la cama, mientras la vieja continuaba afilando la hoz y se oía el «siega, siega» de la hoja sobre la muela.

Ante este ruido, la rueca de hilar preguntó:

— Abuela, ¿por qué afilas la hoz?

— Rueca mía, el tigre quiere mi moneda, pero yo no quiero dársela, vendrá esta noche para comerme y afilo la hoz para cortarle la cabeza.

— Abuela, yo te asistiré.

— ¿Y qué puedes hacer tú, buena rueca?

— Abuela, me sentaré en el rincón de la habitación.

Y la rueca de hilar fue a agazaparse en su rincón, mientras la vieja afilaba sin parar su hoz y la hoja continuaba repitiendo «siega, siega» al contacto con la muela.

Ante este ruido, el martillo preguntó:

— Abuela, ¿por qué afilas la hoz?

— Martillo mío, el tigre quiere mi moneda, como yo me he negado a dársela, vendrá esta noche para comerme y afilo la hoz para cortarle la cabeza.

Ante estas palabras el martillo se puso fuera de quicio y exclamó:

—Abuela, yo te ayudaré.

— ¿Y qué puedes hacer, buen martillo?

— Abuela, yo me quedaré en la guarnición de la puerta.

Y allí se colgó acto seguido.

Cuando se hizo de noche, la hoz estaba tan bien afilada que relucía como una centella y cortaba como una espada. Armada con esta terrible hoz, la viejecita se echó a su cama.

Poco tiempo después apareció el tigre. Al llegar al umbral de la puerta vio que la habitación estaba en plena oscuridad. De un cabezazo abrió la puerta de par en par, pero al punto de trasponerla las arvejas empezaron a moverse en todos los sentidos y . . . ¡patatrás! el tigre cayó patas arriba.

Repuesto de nuevo sobre sus cuatro patas, fue tanteando el terreno hasta llegar al fogón para tener un poco de luz. Arrimó el hocico al fogón y se puso a soplar y a soplar las brasas para atizar el fuego. ¡Puf!, el huevo estalló llenándole de ceniza los ojos.

El tigre buscó agua para lavarse la cara. A duras penas si encontró el jarro de agua y cuando metió una pata dentro, las grandes pinzas del cangrejo se le incrustaron enseguida en la carne. El tigre sacó la pata chorreando sangre.

Rugiendo de dolor y de rabia dio media vuelta y saltó en dirección a donde estaba la viejecita. Pero el garrote se puso tieso y le asestó en la cabeza tan grandes golpes que le hicieron ver estrellas.

En la cabecera, la rana gritaba: «¡Coa, coa, coa, más fuerte! ¡Coa,coa,coa más fuerte aún!»

Y la rueca de hilar, desde su rincón, agregaba: «¡Ron, ron, ron, resistamos con tesón! ¡Ron, ron, ron, resitamos con tesón!»

El tigre estaba más muerto que vivo. La vieja descendió de la cama blandiendo la hoz. El ruido metálico llenó aún más de espanto al tigre, por lo que se batió en retirada, mas las arvejas volvieron de nuevo a danzar bajo sus patas. El tigre perdió el equilibrio y cayó de bruces contra la guarnición de la puerta. El martillo que le esperaba saltó sobre su cráneo, oyéndose un ruido sordo. Entonces la viejecita acudió y de un solo golpe de hoz lo extendió a sus pies, dejándolo muerto en el acto.

El lobo frustrado

(Cuento de la nacionalidad jan)

Había una vez una madre que tenía tres hijas. Un día se fue a visitar a la abuela para desearle un buen cumpleaños. A sus hijas Sheng, Dou, Bochi las dejó en casa y al marcharse les recomendó: «Hijas mías, sed buenas. Cuando el sol trasponga la montaña, cerrad cuidadosamente la puerta y echad el pestillo. Mamá no regresará esta noche.»

Un lobo de la montaña lo supo todo.

Cuando ya estaba anochecido, el lobo feroz, disfrazado de vieja, llamó en la puerta: pam, pam, pam. . .

— ¿Quién es? — preguntó Sheng.

— ¡Sheng, Dou, Bochi! Soy la abuela.

—¡Cómo es posible! Si justamente mamá ha ido a verla a su casa para felicitarla por su cumpleaños.

—¿A mi casa, para mi cumpleaños? Seguramente habrá pasado por un camino, mientras yo he pasado por otro y no nos hemos encontrado.

— ¿Por qué viene usted tan tarde, abuela?

— El camino es tan largo y el día tan corto. He andado todo el tiempo con la prisa que me permitían mis viejas piernas y a pesar de esto no he podido llegar antes de anochecer.

Sheng notaba un sonido de voz extraño:

— Abuela — le indicó —, ¿cómo ha cambiado su voz?

— ¡Ah! — replicó el lobo —, es que la abuela está resfriada y tiene la nariz con romadizo. ¡Hijitas mías, afuera está muy oscuro y sopla mucho el viento, abrid enseguida la puerta a la abuelita!

Sheng, siempre incrédula, se guardaba bien de abrir la puerta. No la abriría sin antes haber aclarado el misterio.

Pero Dou y Bochi eran dos pequeñas atolondradas y no quisieron saber más. Una tiró del pestillo y la otra abrió la puerta:

—¡Entre, abuelita!

El lobo se precipitó hacia la habitación como una ventolera y apagó la lámpara.

—¡Abuela! — dijo Sheng sorprendida —, ¿por qué apaga la lámpara si nos daba buena luz?

— A la abuela le duelen los ojos y teme la luz — respondió el lobo.

Entonces Sheng le ofreció un taburete.

El lobo instaló en él sus posaderas, pero se torció involuntariamente la cola y exhaló un grito de dolor.

— ¡Abuela! — preguntó Sheng —, ¿por qué grita?

— La abuela tiene una herida. Creo que estaré mejor en esta cesta de mimbre —. Y el lobo se sentó en la

cesta, dejando colgar en el interior su cola, que al frotar hacía «flop, flop».

— Abuela, — preguntó Sheng —, ¿qué es lo que se mueve en la cesta?

— Es una gallina que la abuela trae para vosotras.

Sheng extendió la mano para cogerla, pero el lobo se lo impidió al punto:

— No la toques, la gallina tiene alas y podría escaparse y volar hasta la orilla opuesta del río —. Dou y Bochi se apretujaban contra el lobo disfrazado y le pedían que las sentara en las rodillas.

El lobo abrazó a Dou:

— ¡Ah, hijita mía! ¡Qué rolliza y gordita estás!

Luego palpó a Bochi:

— ¡Qué niña más hermosa!, eres tiernecita y tienes buenos mofletes.

Y cogió a Bochi para echársela en brazos:

— Ven, ven, la abuelita te quiere más que a ninguna y tú dormirás conmigo.

El lobo hizo como que bostezaba.

— ¡Ah! Las gallinas ya están en sus gallineros y el sueño ha venido ya. Hijitas mías, es hora de ir a dormir.

El lobo cogió a Bochi, la acostó a su lado y Sheng y Dou se acostaron juntas en el lado opuesto.

Pero Sheng tropezó con la cola del lobo cuando extendió una de sus piernas.

— ¡Abuela, abuela! — exclamó —. ¿Qué es eso tan velludo que tiene?

— La abuela fabrica cuerda y siempre lleva consigo una estopa de cáñamo.

Luego Sheng extendió la mano y encontró las afiladas uñas del lobo.

— ¡Abuela, abuela! — gritó. ¿Qué es eso que pincha?

— La abuela siempre lleva un punzón para pinchar las suelas.

Sheng encendió una cerilla para ver mejor a esa abuela tan extraña y vio, con gran estupefacción, que su rostro estaba cubierto de pelo. Cuando el lobo vio el fuego se aterró y se levantó de su cama como movido por un resorte y apagó el fuego de un soplo. Sheng aprovechó ese momento para coger a Bochi en brazos.

— Bochi quiere hacer una pequeña necesidad — exclamó.

— Esto es fácil — replicó el lobo —, puede hacerla al pie de la cama.

— El Genio de la cama vigila.

— Que se vaya debajo de la ventana.

— El Genio de la ventana vigila.

— Entonces detrás de la puerta.

— El Genio de la puerta vigila.

— ¡Pues bien! Delante del hogar.

— El Genio del hogar vigila.

— ¡Pues, bueno! Que se vaya al patio.

— ¡Dou! — gritó Sheng —, conduce rápidamente a Bochi afuera.

Y Dou salió con Bochi.

Sheng preguntó al lobo:

— ¡Abuela, abuela! ¿Le gustaría comer frutas de la vida?

— ¿Qué gusto tienen esas frutas?

— ¡Ah! Las frutas de la vida, abuelita, son muy deliciosas, dulces y tiernas como la piel de un niño pequeño y el que las come se convierte en ser inmortal.

— ¿Es mejor que la carne humana?

— ¡Caramba! ¡Es claro que sí, naturalmente!

— Pero, ¿dónde se encuentran? ¡Dímelo!

— Crecen en un árbol.

— ¡Ay, ay! Los viejos huesos de la abuela ya no pueden subir a los árboles — dijo el lobo suspirando.

— Abuelita buena, yo subiré al árbol y las cogeré para usted.

— Gracias, hijita. ¡Ve corriendo, ve corriendo por ellas!

— Sheng saltó de la cama a tierra y se precipitó fuera de la casa, donde encontró a sus dos hermanas. Se concertó con ellas y ¡hop, hop, hop! las tres se subieron a un árbol grande.

Mientras tanto, el lobo seguía esperando y esperando en la cama, y Bochi no regresaba, ni tampoco Sheng ni Dou; por lo tanto, no llegaban las frutas de la vida.

Impulsado por la impaciencia, saltó a tierra muy indignado, corrió a la puerta y gritó:

— ¡Sheng, Dou, Bochi!, ¿ dónde diablo os habéis metido?

— Abuela, estamos arriba del árbol comiendo frutas de la vida — replicó Sheng.

— Bien, mi pequeña, cógeme algunas enseguida.

— Abuela, son frutas encantadas que se transforman tan pronto como se desprenden del árbol. Si quiere gustarlas, tiene que subirse a una rama.

— Miam, miam — hacía Dou —, ¡qué deliciosas son las frutas de la vida!

Al pie del árbol el lobo estaba muy inquieto.

— ¡Abuela, abuela, tengo una idea! — exclamó Sheng al cabo de un instante —. Ante el umbral hay un gran cesto de mimbre y detrás de la puerta una cuerda de cáñamo. Ate la cuerda al cesto, luego se sienta usted en él y nos tira la punta de la cuerda, yo la levantaré hasta las ramas y podrá darse un festín de frutas de la vida.

— ¡Oh, querida mía, qué magnífica idea!

En un abrir y cerrar de ojos, el lobo ató el cesto, se sentó dentro y lanzó el cabo de la cuerda al aire. Sheng la cogió y tiró hacia sí. «¡Arriba, arriba!»

Cuando el cesto llegó a media altura, Sheng soltó la cuerda de repente. El cesto cayó y ¡patapum! el lobo se dio un golpe que le hizo ver estrellas.

— ¡Oh! — dijo Sheng —. Soy demasiado pequeña y no tengo tanta fuerza. La abuela se ha hecho mucho daño, ¿verdad?

— Abuela — dijo Dou —, siéntese de nuevo en el cesto y yo ayudaré a mi hermana mayor.

El lobo, que sólo pensaba en el festín de frutas de la vida que se iba a dar, volvió a sentarse en el cesto. Y «¡arriba, arriba!», las dos tiraron y tiraron de la

cuerda, pero la soltaron repentinamente cuando llegó el cesto a una altura aún mayor que la vez pasada; y ¡patapum! el lobo cayó en el vacío. Esta vez se levantó, gimiendo, con una pierna rota y una herida en la cabeza.

— ¡Abuela, abuela! — dijo Sheng —, no se enfade.

— Su nana se curará apenas coma una fruta de la vida — agregó Dou.

— Esta vez — dijo Bochi —, ayudaré con mis fuerzas a mis hermanas mayores.

— Y usted no volverá a caer. Se lo prometo —agregó Sheng.

El lobo se instaló en el cesto, hirviendo de rabia y pensando: «¡Cuidado, cuidado! Una tras otra os cortaré el cuello, tarde o temprano.»

Sheng, Dou y Bochi tiraban de la cuerda con sus seis manos. «¡Arriba, arriba!» Y el cesto subió más que la primera y la segunda vez, hasta diez metros de altura. Poco faltó para que el lobo cogiera una rama alargando su pata.

Pero en aquel momento Sheng hizo «hum-hum» y las tres soltaron la cuerda a un tiempo. ¡Bum! el cesto se fue guarda abajo como una flecha. Y el lobo se rompió la cabeza, saltándole los sesos, y se reventó las entrañas.

Sheng llamó: «¡ Abuela!» Ninguna respuesta. Dou, llamó a su vez: «¡Abuela!» Ninguna respuesta. Bochi también llamó: «¡Abuela!» Y tampoco recibió respuesta. Las tres se inclinaron y se aventuraron un

poco para ver más de cerca, pero el lobo estaba tendido y tieso como un palo. Estaba muerto.

Sheng, Dou y Bochi bajaron de su árbol con bulliciosa alegría. Cerraron cuidadosamente la puerta, echaron el pestillo y se fueron a dormir.

Al día siguiente regresó su madre, trayéndoles muchas cosas buenas de la abuelita. Sheng, Dou y Bochi no terminaban nunca de comer golosinas, mientras las había, ni tampoco de contar sus aventuras de la noche.

El muñeco de azúcar

(Cuento de la nacionalidad jan)

Había una vez dos hermanos de carácter completamente distinto. El mayor, Lao-da, ávido y pícaro, acaparó toda la fortuna que dejó su padre al fallecer. Se dedicaba a prestar dinero con usura a los campesinos pobres y se esforzaba por todos los medios en expoliar y usurpar los bienes ajenos. Así no tardó mucho tiempo en volverse rico.

El pequeño, Lao-er, honrado y sincero, no obtuvo ni una pizca de la herencia paterna. Por otro lado, no se sentía demasiado afligido por ello, pues lograba ahora ganarse la vida labrando por cuenta de éste o haciendo pequeños trabajos para aquél otro.

Y así sucedió que una vez Lao-er sirvió de mozo de cuerda a un comerciante de azúcar. Cargado con dos barriles de melaza consiguió llegar hasta media falda de una montaña, pero en ese momento lo sorprendió un chaparrón. El sendero se había empapado y era resbaladizo; de repente Lao-er dio un paso en falso y

perdió el equilibrio; para colmo de desgracias cayó de cabeza en uno de los barriles de melaza y tocado con un sombrero tan extravagante, bajó rodando hasta el pie de la montaña.

Apenas se hubo levantado, ya tenía allí a una banda de brujas que acudió presurosa, creyendo habérselas con un muñeco de azúcar, tanta era la melaza que le cubría desde los pies a la cabeza. Las brujas, en número de siete, lo asaltaron como un enjambre de abejas y se daban buenos codazos para arrancarle el azúcar.

— Este muñeco de azúcar es muy grande — advirtió una dè ellas —, no podremos comérnoslo de una vez. Mejor es que nos lo llevemos a casa y allí lo iremos consumiendo a nuestro gusto.

Todas opinaron lo mismo y se lo llevaron a su caverna; lo colocaron sobre una mesa de piedra y se sentaron a su alrededor para el festín.

— Ahora, basta — dijo la bruja con cuernos —. Conducid el talismán. Tenemos que comer, si es que deseamos volver al valle para divertirnos.

Una bruja pequeñita llegó con un tamboril y lo tocó varias veces. Enseguida apareció una mesa provista de los más delicados manjares, cuyo atrayente aroma cosquilleaba de mala manera las narices de Lao-er. Pero se guardó muy bien de moverse ni un ápice, por miedo a que las brujas lo descubrieran y lo mataran. Observó el tamboril mágico y estuvo atento para ver donde lo colocaba la bruja pequeña.

Después de comer, las brujas se marcharon dando brincos. Lao-er aprovechó ese momento para descender cautelosamente de la mesa de piedra, cogió el tamboril, lo escondió en su seno y salió corriendo de un tirón hasta su casa.

Desde entonces, Lao-er ya no tenía por qué inquietarse; gracias al talismán su existencia estaba asegurada.

Su hermano Lao-da, al corriente de la noticia, se consumía de envidia por apoderarse del tamboril de su hermano menor. Incapaz de dominar su codicia, compró dos barriles de melaza, y como hizo su hermano, se fue a la montaña. A media falda, fingió un traspié, aunque el camino no estaba en absoluto resbaladizo, y se cayó tan bien que, dando tumbos por la montaña, se embadurnó de la cabeza a los pies con los barriles de azúcar. Al cabo de un largo rato, apareció la banda de brujas. La visión del muñeco de azúcar acostado en el suelo las hizo exclamar:

— ¡Mira! El muñeco de azúcar que creíamos perdido. ¡Llevémonoslo enseguida a la gruta!

Lao-da se hallaba ya en el colmo de la dicha. Pensando en su fuero interno que pronto uno de los talismanes de las brujas caería en su poder, se dejó llevar dócilmente. La que tenía cuernos, propuso:

— Lo hemos dejado escapar una vez y hemos perdido un tamboril. ¡Pues bien! Esta vez, primero haremos hervir el muñeco y así haremos jarabe; sólo después sacaremos el talismán para servirnos la comida. Así el muñeco no podrá tomar las de Villadiego y el talismán estará en nuestro poder.

Todas opinaron lo mismo. En un abrir y cerrar de ojos, Lao-da fue metido en una caldera y después de echarle agua y de taparla, encendieron fuego y el muñeco de azúcar empezó a cocerse.

En el interior de la caldera el calor se hacía cada vez más insoportable. Lao-da, que se hallaba acurrucado dentro, no pudo soportar este martirio. Se levantó de repente y saltó fuera de la caldera con gran sorpresa de la bruja pequeña que estaba atizando el fuego y que, sobrecogida de espanto, se cayó de espaldas.

— ¡El muñeco de azúcar se escapa! — gritó —. ¡Detenedlo!

Alertadas, las brujas se lanzaron en pos de Lao-da; éste, quemado e impedido por sus ropas empapadas, con un miedo que no lo dejaba correr, ya pueden ustedes imaginar, estaba lejos de escapar de las garras de las brujas, las cuales lo atraparon enseguida y lo llevaron de nuevo a su guarida.

— ¡Hay que darle a ese bribón el castigo que merece! — declaró la bruja cornuda —. Vamos a tirarle de la nariz.

Y pasando de las palabras a los hechos, tiró con tal fuerza de la nariz de Lao-da que se la alargó un palmo. Cuando todas las brujas tiraron de su nariz, ésta se había alargado en siete palmos. En este estado, Lao-da fue arrojado de la caverna.

Lao-da sostenía con sumas precauciones su nariz entre las manos. A cada paso tenía que levantarla y terminó por tener los brazos doloridos y el cuerpo sudoroso. Al fin llegó a su casa tras duras penas.

A su llegada, su esposa, creyendo que traía un talismán, acudió muy apresurada a abrirle la puerta. Viendo que nadie entraba, atravesó el umbral para ver lo que pasaba. Apenas había dado un paso afuera cuando oyó la voz de Lao-da que, fuera de sí, gritaba:

— ¡Ay, ay, ay! Me muero de dolor. No pises mi nariz. ¡Cuidado!

—¡Qué! · ¿Tu nariz ha caído al suelo? —. Pero, vio a su marido y lo comprendió todo: su nariz colgaba hasta los pies.

— ¡Oh, cielo! — exclamó espantada —, ¿quién te ha puesto en este estado?

Lao-da le contó sus desgracias. La fiera de su mujer se quedó estupefacta por mucho tiempo antes de exhalar un suspiro:

— No te atormentes demasiado; todo tiene remedio. Puesto que las brujas te han puesto en este estado, ellas deben tener el secreto para que la nariz recobre su estado normal. Ruega, pues, al bueno de Lao-er que se informe con ellas.

Y se fue a llamar a Lao-er.

Realmente el tamboril de Lao-er era un tesoro. En efecto, no solamente tenía la virtud de hacer surgir los más deliciosos manjares, sino todo cuanto podía desear. Sin embargo, Lao-er era un hombre hábil y trabajador a quien le repugnaba estar como perita en dulce para gozar de una vida confortable que no había ganado. Por consiguiente, se limitó a pedir al tamboril mágico una pequeña suma de dinero para comprarse un arado,

una grada, una hoz y un azadón, con el fin de vivir del fruto de su trabajo. Y el talismán se quedó guardado en un viejo cofre.

El día que ocurrió este caso, Lao-er se disponía a salir hacia el campo, cuando se presentó de repente su cuñada para implorarle, casi sin aliento:

— ¡Ay, Lao-er! ¡las brujas han alargado la nariz de tu hermano hasta el suelo. El pobre Lao-da sufre terriblemente. Ve a buscar a las brujas enseguida y pregúntales cómo se puede curar este mal. ¡De prisa! ¡Tu hermano se morirá de dolor!

Y estalló en sollozos.

Lao-er tenía buen corazón. Sabiendo que su hermano estaba sufriendo, se fue enseguida a la montaña. Una vez allí penetró subrepticiamente en la gruta de las brujas y se escondió detrás de la puerta. Las brujas habían salido, pero no tardarían en volver.

— Aquí huele a extraño — exclamaron éstas al trasponer el umbral —. Busquemos y miremos, no sea que algún tunante haya venido a quitarnos otro talismán.

Acto seguido se pusieron a husmear por todos los lados. Buscaron bajo la cama, bajo la mesa, debajo del armario. Lao-er retenía el aliento detrás de la puerta, por miedo de ser descubierto por las brujas.

Después de un largo ajetreo sin haber descubierto nada, se sentaron en círculo alrededor de la mesa de piedra. Esta vez sacaron un pequeño gong de cobre. Una bruja dio unos golpes. ¡Dong, dong, dong! y al punto aparecieron sobre la mesa los manjares más exquisitos.

— Nuestro tamboril se ha perdido — dijo la bruja cornuda —, y solamente nos queda este pequeño gong; debemos prestar mayor atención y no dejarlo abandonado; debemos llevarlo con nosotras a todas partes—. Y se colgó el gong del cuello.

Durante la comida se habló de la nariz de Lao-da.

— El desconocido de ayer seguramente vino para robarnos el talismán—dijo una bruja—.¡Qué bien hemos hecho al estirarle la nariz! ¡Eso le servirá de escarmiento. ¡Se acordará de que no se puede penetrar impunemente en nuestra guarida!

— Tiene la nariz alargada y no sabe el remedio — dijo otra.

La tercera murmuró:

— Sin embargo, no es difícil. Basta dar un golpe en el tamboril y decir al mismo tiempo: ¡Encógete! Y la nariz se encogerá un poco. Si se dan varios golpes en el tamboril y se repite a la vez la palabra, entonces la nariz volverá poco a poco a su estado normal. . .

— ¡Calla! — la interrumpió la bruja cornuda —, a ver si alguien te oye, ten cuidado.

Las siete brujas enmudecieron a un tiempo. Pero ningún ruido insólito quebró el silencio reinante. Entonces las brujas terminaron de comer y, como de costumbre, salieron de la gruta dando brincos. Lao-er esperó que se alejaran para abandonar la guarida a paso de lobo.

Cuando regresó a su casa, Lao-er contó de cabo a rabo a su cuñada todo lo que había oído.

— ¡Vete enseguida a buscar el tamboril! — le suplicó, ardiendo de impaciencia —. ¡Tu hermano confía solamente en ti para curarse la nariz!

Lao-er fue a buscar el tamboril mágico, lo colocó ante su hermano y dio un golpe a la vez que decía: «¡Encógete!» ¡Prodigio! Realmente la nariz se había encogido. Dio otro golpe y repitió la palabra, la nariz volvió a encogerse otro poco. Y así continuó dando golpes e invocando al tamboril, mientras la nariz se iba encogiendo poco a poco.

— ¡Así no acabarás nunca! — imprecó su cuñada, roída por la impaciencia —. ¡A este paso Dios sabe cuándo la nariz volverá a su estado normal! ¡Dame el tamboril!

Le arrebató el tamboril y. . . ¡bum, bum, bum! ¡bum, bum, bum! . . . Golpeaba sin interrupción, a la vez que gritaba locamente: «¡Encógete, encógete, encógete! . . .»

La nariz de Lao-da se encogía a ojos vistas hasta que pronto desapareció. La nariz le entró en la cabeza. Pero, con tanto golpe, la piel del tamboril se rompió y las cosas quedaron como estaban.

Desde entonces el pícaro y ávido Lao-da es un hombre sin nariz.

El tigre encuentra a su maestro

(Cuento de la nacionalidad jan)

Se cuenta que en una alta montaña se escondía un tigre de patas pesadas y torpes, que no podía andar ni saltar con agilidad. Tenía fuerza, pero raramente lograba echar la garra a las presas que codiciaba.

Un buen día, cuando el tigre salía de su gruta en busca de alimento, tropezó con un gatito que venía saltando desde la cresta opuesta. Los movimientos flexibles de un gatito tan ágil, excitaron la envidia del tigre, que dijo para sí: «¡Qué bien si pudiera ser tan ágil!» Y en tono suplicante le preguntó:

— Maestro gato, ¿quiere enseñarme el arte de franquear montañas y valles saltando como usted lo hace?

El gatito sabía bien, y además desde hacía mucho tiempo, que el tigre tiene mal corazón. Y pensó que enseñarle su arte pondría en peligro su propia vida. Entonces respondió meneando la cabeza:

— No digo que no, pero tengo mucho miedo de que cuando sepa brincar y saltar se vuelva un ingrato.

El tigre se inclinó hasta dar cabezazos en el suelo y le aseguró:

— Maestro gato, si usted se digna tomarme como alumno, ¡jamás seré ingrato! Si alguien lo ofende, arriesgaré mi vida por usted.

Considerando el gatito que la torpeza del tigre era lamentable, creyó en sus hipócritas palabras y le respondió con la cabeza inclinada a un lado:

— Bueno. Si usted se compromete a no ser ingrato, yo le enseñaré el secreto de mi habilidad.

El tigre se arrodilló en seguida y, moviendo y volviendo a mover la cola, juró:

— Cuando sepa franquear las montañas y cazar mis presas, ¡no me olvidaré de la bondad de mi maestro! Si me vuelvo un deshonrado ¡que me castiguen y me lancen a un abismo profundo donde me reduzca a cenizas!

El tigre se convirtió en alumno del gatito, que con un celo sin igual le daba sus lecciones en lo alto de la montaña, levantándose a las primeras horas de la mañana y acostándose mucho después de haberse puesto el sol. Muy pronto enseñó a su alumno casi todo su arte de franquear los montes y de cazar las presas. Sólo le quedaba una lección. El tigre dándose cuenta de que lo sabía todo, no cabía en sí de gozo.

Ese día el tigre estaba impaciente por aprender su última lección y miraba con ojos codiciosos los riñones redondos y carnosos del gatito, hasta el punto que se le caía la baba del hocico. El gatito adivinó el peligro y quiso comprobar la mala intención de su alumno, diciéndole al tigre:

— Ya le he enseñado todo mi arte. Desde ahora ya puede usted marchar solo.

El tigre dijo para sus adentros: «Gatito, no te escaparás de mis garras». Pero como temía no haber comprendido bien, le preguntó de nuevo:

— Maestro, ¿Acaso me lo ha enseñado todo?

— ¡Naturalmente, naturalmente!

El tigre quiso entonces emplear la astucia.

— Maestro gato — dijo pestañeando —, mire lo que está trepando a ese árbol.

Apenas volvió la cabeza el gatito, el tigre abrió su gran hocico, mostró los dientes y, poniendo sus garras en movimiento, se lanzó bruscamente hacia adelante. Rápido como el relámpago, el gatito trepó al árbol.

Desde allí miró con severidad al tigre y le dijo furiosamente:

— ¡Ingrato animal! ¡Vaya juramento! Por fortuna no le he enseñado a trepar a los árboles. De lo contrario, ¡ya le habría servido de postre!

El tigre, irritado, se lanzó contra el árbol sin poder subir. Mordió la corteza con toda su rabia, pero no pudo roer todo el tronco. Además el gatito fue saltando de un árbol a otro, sentándose de vez en cuando para acariciarse los bigotes y lanzar una mirada al tigre, que bregaba lleno de cólera y de sobreexcitación, pero sintiéndose a la vez impotente al ver al gatito cómo franqueaba ante sus narices las cimas de las montañas y desaparecía a lo lejos.

El zorro, el mono, el conejo y el caballo

(Cuento de la nacionalidad jan)

El zorro es el animal más impopular de la selva. Engaña a éste, embauca al otro, vive del robo y se divierte gastando malas pasadas. Casi todos sus vecinos han sido víctimas de sus fechoríás. Sin embargo, hacía mucho tiempo que nadie había encontrado el medio de vengarse.

En la selva había un mono que sentado en lo alto de un árbol se devanaba los sesos, hasta el punto que se le llenó de arrugas el entrecejo. Pero al fin encontró un medio de vengarse. Incapaz de guardar su secreto, saltó vivamente al suelo y le confió su plan a su vecino, el conejo. El conejo, mientras escuchaba la confidencia del mono, no hacía más que parpadear, por lo que el mono adivinó su incredulidad y entonces le dijo:

— ¡Ya verás! Voy a buscar al zorro inmediatamente. ¡Súbete a la cumbre de esta montaña y observa!

El mono encontró al zorro y le preguntó moviendo la cabeza:

— Gran hermano, ¿sabe cuál es la comida más deliciosa de este mundo?

Al oir la palabra «deliciosa», el zorro levantó instintivamente las orejas y dijo:

— ¿Lo que es más delicioso? Muy interesante. . . ¿Y usted lo sabe?

— Hoy he oído hablar por primera vez de lo siguiente: la cosa más deliciosa del mundo es la carne de la grupa del caballo. Pero es muy difícil probarla; antes será necesario que ate fuertemente su cola a la del caballo.

— Pero ¿por qué? ¿por qúé? — preguntó, muy interesado, el zorro.

—¡Porque si no están bien atadas, cuando el caballo se lance a galopar no habrá quien lo coja! — respondió el mono —. Y a continuación prosiguió en voz baja, como si hablara para sí mismo:

— ¡Ah! Justamente al venir hacìa acá lo he visto cómo dormía tumbado en el suelo.

Al oir estas palabras, el zorro se puso a cavilar, pero haciéndose el desentendido declaró con aire despreocupado:

— ¿Qué es lo más delicioso del mundo? Es necesario proseguir la encuesta. No se puede obrar con temeridad. Podemos entrevistarnos otro día a fin de hablar más extensamente de este asunto, pero de todas formas será mejor no decir nada a los demás.

Y después de decir esto, se marchó meneando su larga cola. Los dos animales se separaron. Pero a poca distancia de allí el zorro se volvió y al no ver al mono,

desanduvo furtivamente sus pasos, con el fin de hallar el caballo dormido que el otro había mencionado.

El caballo había trabajado penosamente durante toda la jornada y por eso dormía profundamente. El zorro se acercó a él y ató su cola a la del caballo. Luego dio un mordisco, con todas sus fuerzas, a la grupa del caballo. Cuando éste sintió, entre sueños, un profundo dolor en la grupa, se levantó de un salto y sin saber lo que le pasaba se lanzó a un galope desbocado arrastrando consigo al zorro. «¡Ay! ¡Ay! ¡Que me da vértigo! ¡Ay! ¡Ay! ¡Las piedras me desgarran! ¡Ay! ¡Ay!» El zorro no sabía si salvar primero su piel o desesperarse por el deterioro que sufría su espléndida y bella cola.

El mono no estaba muy lejos; se había colgado en un árbol y desde allí veía el espectáculo. Estaba tan contento de ver al zorro en tan lamentable estado que hasta daba palmas con las manos y saltaba de alegría. Pero le falló un pie y cayó sentado en el suelo desde lo alto del árbol. El conejo, al ver al zorro como forcejeaba para salvar su vida y al mono caerse del árbol, se reía a mandíbula batiente; tanto es así que se le agrietó el hocico.

Por eso ahora el mono tiene la parte trasera pelada y el conejo el hocico partido; el caballo después de este contratiempo ya no se atreve a dormir en el suelo, salvo raros momentos en que se encuentra muy fatigado y se da una que otra vuelta en tierra; y el zorro tiene desde entonces el pelaje salpicado de manchas grises y amarillas.

El duelo del búfalo y el tigre

(Cuento de la nacionalidad chuang)

Un campesino se dirigía a labrar sus tierras, llevando a sus espaldas una reja de arado y tirando, a la vez, de su búfalo.

El barro líquido emergía del arrozal y las patas del búfalo se hundían en este fango que le llegaba a la barriga; el búfalo avanzaba por el arrozal muy penosamente. Después de haber pasado penas y fatigas sin cuento durante un buen rato, se encontró con que sólo había labrado un pedazo de tierra no mayor que una hoja de palmera. El campesino se puso tan colérico que, perdiendo la paciencia, descargó una tanda de palos sobre la grupa del búfalo, al tiempo que gruñía:

— ¡Qué zopenco de búfalo! ¡Qué remolón! No acabas nunca de levantar una pierna tras otra. ¿Has visto al tigre? ¡Qué ágil y fuerte es, verdad! ¡Tienes que seguir su ejemplo!

Con tanto palo y tanta injuria, el búfalo acabó por protestar:

— ¿De qué es capaz el tigre? ¡Soy mucho más poderoso que él!

El campesino se hacía el sordo y continuaba abucheando con injurias y asediando de palos al pobre animal.

— ¿Entonces tú me desprecias en absoluto? — dijo el búfalo indignado —. Si tienes tan buen concepto del tigre, tráemelo mañana para medir con él las fuerzas y veremos quién vale más.

Al día siguiente el campesino condujo al búfalo ante la cueva del tigre. Sintiendo en el ambiente un olor extraño, éste salió rápidamente de su guarida, mostrando los dientes con el ánimo de despedazar al temerario visitante. El búfalo se puso a balancear sus dos cuernos en forma de horca y llamó con calma a su adversario:

— ¡Tigre! Hoy no he venido para pelearme contigo, sino para decirte que tus dientes están demasiado embotados para poder morder mi espesa piel. Afila tus dientes durante tres días y yo, en ese mismo tiempo, afilaré mis cuernos y luego nos batiremos en duelo.

— ¡Perfectamente! — exclamó el tigre mientras volvía a su gruta lanzando un ronco rugido.

Una vez en su guarida, el tigre se afiló los dientes durante tres días y tres noches hasta el punto de parecer puntas de lezna. El búfalo sólo dedicó un día a afilar sus cuernos y aprovechó los dos restantes para envolverse en una espesa capa de chamiza y luego en otra de barro negro y brillante, de modo que nadie podía adivinar la caparazón de chamiza que cubría su piel.

El día del duelo, el búfalo y el tigre llegaron al mismo tiempo al punto escogido.

— ¿Por qué te has embadurnado de barro? — inquirió el tigre al ver a su adversario enlodado de arriba a abajo.

— Estamos en plena canícula, ¿quién no se lamenta de este calor sofocante? Como tengo por costumbre, cada día me revuelco varias veces en el barro. ¡Eso lo sabe todo el mundo!

El tigre abrió desmesuradamente los ojos, pero no vio nada sospechoso. Le pareció sólo que el búfalo había engordado bastante en esos tres días y sonrió taimadamente:

— ¡Ja, ja, ja! ¡Maravilloso! ¡Gordo y tierno, un famoso almuerzo en perspectiva!

— ¡Tigre! Tú haces lo que quieres con los tocinos y los corderos, pero te aseguro que no tocarás ni un pelo de mi piel.

— ¡Si habría podido comerte muy bien hace tres días, cuando mis dientes estaban aún embotados! ¿Por qué vienes hoy con la monserga de que no podré acabar contigo si ahora tengo los dientes afilados?

— ¡Tanto mejor! Si eres tan fuerte como dices, lo vamos a ver. Primeramente yo me tenderé en el suelo y tú me morderás tres veces. Si no muero, entonces ¡me tocará a mí el darte tres cornadas!

Ya pueden ustedes imaginarse lo encantado que estaba el tigre ante una proposición tan ventajosa. Lanzó un rugido en señal de aprobación y luego se precipitó

de un salto sobre el búfalo, con la boca abierta y creyó descuartizarlo de tres mordiscos.

El tigre podía pensar que su adversario estaba muerto, pero éste estaba ileso, pues sólo hincó los dientes en el emplasto de chamiza y de barro del búfalo sin causarle el menor rasguño.

Después de la tercera mordedura, el búfalo se levantó inopinadamente y arremetió contra su contrincante. ¡Ras, ras, ras!, dio al tigre tres cornadas; la primera le abrió en canal el pecho, la segunda le rompió la espina dorsal y la tercera le sacó las entrañas. El tigre murió nadando en un mar de sangre.

El campesino vio con sus propios ojos todo ese espectáculo y no regateó elogios al ingenio y valentía del búfalo. Desde entonces lo tuvo en gran estima y nunca más lo trató mal.

Y es cierto que el búfalo es apreciado hasta hoy por su fuerza y su valentía, aunque no sea tan rápido como el caballo o el gamo.

El picapedrero ambicioso

(Cuento de la nacionalidad chuang)

En el país de los chuangs vivió en otros tiempos un picapedrero muy hábil, cuyo renombre se había extendido hasta las regiones vecinas.

Un día, un opulento burgués lo mandó llamar para encargarle una obra. Una vez llegado, el picapedrero admiró mucho la confortable habitación, los vestidos de satín y de brocado, la mesa bien provista de delicados manjares y el asiduo servicio de numerosos domésticos, visto lo cual perdió todo interés por su oficio y se pasó la jornada soñando en cómo él podría volverse también rico burgués.

Como los Dioses Inmortales barruntaron ese deseo del picapedrero, lo complacieron. El picapedrero cuando se vio súbitamente convertido en hombre rico, se volvió loco de alegría.

Mas un buen día pasaba por la calle un gran mandarín al que transportaban en un palanquín cuatro lacayos y rodeaba una muchedumbre de criados y cortesa-

nos al compás de una buena bulla de batintines y tambores, mostrando una imponente soberbia y ocupando media calle. Al paso del mandarín la gente se deshacía en saludos y genuflexiones. Cuando llegó ante el umbral del picapedrero, éste, satisfecho de su opulencia, pensaba para sus adentros: «El mandarín tiene lacayos y acompañantes, pero yo tengo criados que me sirven. ¿Por qué tengo que rebajarme, haciéndole reverencias? ¡No! ¡No me inclinaré a su paso!»

Encolerizado ante tanta insolencia, el mandarín ordenó a su gente que atara al picapedrero y le administrara trescientos golpes de bambú y, como aditamento, una multa de trescientos taels de dinero contante y sonante.

Cuando el mandarín se hubo alejado, el picapedrero se levantó con penas y gemidos:

— ¡Ay! ¡Ay! ¡Ser magistrado es mejor que rico burgués!

A partir de entonces hizo la promesa de cambiar de estado social y pasaba día y noche pensando en cómo podía convertirse en un gran mandarín.

La cosa llegó a oídos de los Dioses Inmortales, que lo hicieron magistrado; entonces nuestro picapedrero se sumergió en los humos del orgullo. A la manera de gran mandarín, cometió desafueros sin nombre hasta convertirse en un ser mortalmente odiado por el pueblo.

Un día, mientras se hallaba con sus hombres contorneando una colina, se encontró con unas encantadoras muchachas de la nacionalidad chuang que volvían del

campo. Con la misma codicia del tigre ante un rebaño de ovejas, quisieron capturarlas, pero a los gritos de espanto de las muchachas acudieron de todas partes los montañeses chuangs armados de cimitarras, hachas y azadones, gritando todos a una: «¡A apalearlos! ¡A matarlos!» Cercaron la colina, hicieron prisionero al picapedrero, lo llevaron al pueblo y no lo soltaron sin antes haberle dado una buena paliza. Después de esta aventura, se le ponía la carne de gallina al picapedrero cuando oía hablar de los montañeses chuangs y se guardó muy bien de continuar haciendo de las suyas. «¡Ay! — exclamaba —. ¡Y yo que pensaba que un magistrado de la nación tiene más autoridad que cualquier hombre! ¡Al fin y al cabo no es nada!» E hizo la promesa de no volver a ser más magistrado y sólo aspiró a reintegrarse entre sus hermanos chuangs.

Los Dioses Inmortales se enteraron de sus deseos y le dieron satisfacción.

Convertido de nuevo en campesino chuang, el picapedrero iba todos los días con sus compañeros de trabajo a labrar los campos en las laderas de la montaña y trabajaba con ardor desde la mañana a la noche. Esto ocurría en pleno verano; el calor era tan sofocante que los rayos del sol le asaban vivo, la cabeza le daba vueltas y los ojos se le nublaban. Los pájaros y los animales se habían refugiado en los valles profundos y no se atrevían a salir; los búfalos permanecían todo el día en el agua. Solamente las espigas de arroz verdeantes se mantenían vigorosas y tenaces como el pueblo chuang.

Imaginándose que el sol es lo más poderoso del universo, el picapedrero ansiaba día y noche convertirse en sol.

Los Inmortales dieron satisfacción a su deseo y se convirtió en ese astro.

¡Y cómo temía todo el mundo los rayos de fuego que lanzaba desde lo alto del cielo!

Pero un buen día vino avanzando de la parte oeste una nube opaca y escondió el sol.

— ¡Y yo que creía al sol omnipotente! — exclamó el picapedrero lleno de despecho —; ahora resulta que no es nada al lado de una nube.

Entonces concibió el deseo de convertirse en nube. Los Inmortales accedieron una vez más y lo transformaron en una nube que flotaba libremente por el cielo. Pero de pronto se alzó un fuerte viento que la despejó en un abrir y cerrar de ojos.

— ¡Ah. . . ! ¡Misericordia! ¡Qué terrible es el viento! Me está empujando tanto que no sé dónde meterme. Ya no quiero ser nube, prefiero ser viento.

Los Inmortales colmaron ese deseo transformándolo en viento.

Una vez convertido en viento empezó a soplar por todas partes; desarraigaba los árboles, se llevaba las casas; era feroz en extremo.

Pero, no obstante, el viento se vio detenido por una roca. Por mucho que se desgañitaran sus pulmones desatando desenfrenadas borrascas, la roca no se movió ni un ápice. «El viento puede abatir todo lo que se le ponga por delante, menos la roca — pensó el picapedrero —; si pudiera convertirme en roca sería el más feliz de los mortales.»

Los Inmortales lo transformaron acto seguido en roca y lo colocaron en la cima de una alta montaña. ¡Nadie lo podía alcanzar! Pero al cabo de algún tiempo, un grupo de picapedreros subió hasta el pico de la montaña. Cuando vieron este bloque de piedra, se concertaron por convenirles, justamente, para su trabajo y empezaron a desbastarlo. Asustado, el picapedrero, pidió apresuradamente clemencia a los Inmortales.

—¿Ves como es mejor que vuelvas a tu primitiva condición?—le respondieron los Dioses—. Y al punto lo convirtieron otra vez en picapedrero.

Decepcionado por estas aventuras, dejó de desear a tontas y a locas lo que se le antojaba; ahora tallaba piedra todo el día mejor y más de prisa que antes; sus clientes aumentaron y se hizo un picapedrero famoso en el país chuang.

Historia del conejito blanco

(Cuento de la nacionalidad chuang)

Según se dice, en otros tiempos los conejos blancos tenían los ojos azules y las orejas cortas. Pero hoy no: sus ojos se han vuelto encarnados y sus orejas largas. ¿Y por qué? He aquí la historia.

Había una vez una vieja coneja-madre que vivía sola con su conejito blanco en una madriguera situada al pie de una montaña. Muy pronto su cachorro se hizo grande y más fuerte y robusto que su madre; pero, al mismo tiempo, su pereza parecía crecer con la edad y cuanto más perezoso era, más goloso se volvía; la ociosidad le venía a las mil maravillas y nunca se preocupaba de buscarse a sí mismo la pitanza. «Soy demasiado pequeño», decía.

Al principio lloriqueaba toda la jornada para conseguir golosinas, luego se lanzaba codiciosamente sobre los pedazos más sabrosos e incluso llegó a decir abiertamente que exigía un alojamiento más bonito.

Una noche, nuestro conejito blanco se enfureció súbitamente.

— ¿Cómo puedo dormir con mi piel blanca en una cama tan horrible?

Y solamente se dignó meterse en cama dando saltitos cuando su madre le preparó un lecho nuevo con sábanas blancas como la nieve.

Pero un buen día la vieja coneja se fue a las montañas selváticas a hacer provisiones, mientras su goloso y perezoso hijo se quedaba en casa acostado en el blando lecho.

Apenas salió la coneja, se desató una violenta tempestad. Mojada hasta los huesos, regresó entrada la noche y sin haber encontrado nada para llevarse a la boca. En el umbral se encontraba su hijo, que la esperaba con la paciencia perdida. Cuando se enteró de que su madre venía con las manos vacías, gruñó lleno de rabia:

— ¡Ya te creía muerta por el camino! ¿Por qué vuelves entrada la noche sin traer nada?

— ¡Ya no eres un cachorro! — replicó tristemente la vieja coneja-madre —. ¡Es preciso que te busques tú mismo el sustento y que no vivas siempre a mis expensas!

El conejito mimado no pudo aguantar esta advertencia y dijo agriamente:

— ¡Pues, tanto mejor! ¡Desde ahora, que cada uno viva independientemente del otro!

La madre, que amaba a su conejito, al oir estas palabras lo llenó de caricias y trató de consolarlo:

— Querido hijo, no te lo tomes tan a pecho. Si hoy no te he traído nada se debe a esta maldita lluvia. Pero, mira, he guardado la mitad de una zanahoria, tómala.

Como no había comido otra cosa en todo el día que un pedazo de zanahoria, aquella noche el conejito dio muchas vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, torturado por el hambre. Y entonces fue cuando pensó desde lo más hondo de su ser: «Puesto que mi madre encuentra alimentos para su sustento, ¿por qué no los he de encontrar yo?»

Al día siguiente, el conejito se levantó muy temprano. «A partir de hoy — anunció —, voy a desenvolverme solo en la vida.» Y se alejó sin decir ni una palabra más. Su madre quiso acompañarlo, pues era su primera salida y tenía sus temores. Pero el conejito, que era tan obstinado como vanidoso, rechazó de plano y desdeñosamente el ofrecimiento de su madre:

— ¡Ahora, cada uno vive para sí mismo!

Y partió en busca del sustento. . . Jugueteaba de bosquecillo en bosquecillo y brincaba a través de los árboles, dejando atrás montañas y valles. Muerto de cansancio, el pelo salpicado de barro y las patas despellejadas, siguió corriendo durante toda la mañana sin descubrir nada. «¿Dónde demonios crecerán esas legumbres tan sabrosas y esas frutas tan dulces que mamá me llevaba cada día? — se preguntó sorprendido —. Ella siempre encuentra y yo no puedo encontrar ni uno.» Cuanto más pensaba en ello, más despechado se sentía. Siguió escudriñando por todas partes, animado por la

esperanza de encontrar cosas aún más deliciosas que las frutas y las legumbres. Pero todo fue en vano, pues no encontró nada, nada que pudiese calmar algo su hambre.

Con el vientre vacío y los miembros extenuados por una caminata tan larga, se detuvo a la sombra de un árbol grande, para reposar. Dolorido y muerto de fatiga, se quedó amodorrado y no tardó en dormirse.

Pero la repercusión en sus oídos de unos aullidos le sacó al punto de su delicioso sueño. Se despertó sobresaltado y cuál no sería su sorpresa al distinguir con sus ojos soñolientos a un enorme lobo de pelaje pardo que se abalanzaba hacia él. «¡Misericordia! ¡Estoy perdido!», exclamó más muerto que vivo. Al punto puso pies en polvorosa, perseguido por el lobo. Por suerte el conejito, cuya vista era tan penetrante como sus patas listas para correr, se fijó en un agujero que se hallaba bajo una roca que tenía ante sí. Reuniendo todas sus fuerzas, corrió sin detenerse la distancia y se precipitó como el viento en el agujero. Un segundo después allí estaba el lobo, pero el orificio era demasiado estrecho para su talla. Por mucho que hurgara con sus garras y mordiera la roca, todo fue inútil. De grado o por fuerza, tuvo que marcharse de allí lamentablemente.

Cuando el lobo se hubo alejado, el conejito se aventuró muy prudentemente a salir del agujero, luego fue saltando de un lado para otro hasta llegar ante un estanque que servía de bañera al búfalo de agua. Nuestro

conejito bajó hasta el borde de la orilla con el fin de saciar la ardiente sed que lo abrasaba. En este estanque pululaban las sanguijuelas, pero como era la primera vez que las veía, no sabía tampoco nada de sus costumbres, por lo que apenas se inclinó sobre el agua, una enorme sanguijuela se le agarró a la punta de la nariz. Loco de dolor, el conejito se retiró de la orilla y estornudando y frotándose la nariz, logró, no sin grandes esfuerzos, que la sanguijuela soltara su presa, pero ya sangraba mucho de la nariz. Estupefacto y furioso, con las patas arrancaba tierra y la lanzaba con un impulso salvaje hacia el estanque con el fin de matar a las sanguijuelas, pero cuando más lanzaba, más ardor ponían las sanguijuelas en bailar a su alrededor. Abrumado por su impotencia, el conejito blanco se adelantó unos pasos más allá.

Pensando que se moriría de hambre, nuestro conejito blanco iba errando por la maleza cuando vio un fruto de leche; luego se dio cuenta de que en todo el arbusto y aun en las propias raíces que salían del suelo, colgaban los deliciosos y encarnados frutos de leche, maduros y a pedir de boca. Unas ardillas y unos pajarillos se deleitaban a cual mejor. El conejito no cabía en sí de gozo. En unos saltos expulsó de allí a las ardillas y pajarillos y se puso a comer vorazmente.

¡Y qué aromáticos y deliciosos eran los jugosos y azucarados frutos de leche! Ese maravilloso banquete lo hizo olvidar la fatiga, los arañazos de las zarzas, la persecución del lobo, la mordedura de la sanguijuela y

a su buena madre. «¡Qué bien se está aquí! — pensaba —. Voy a pasar aquí la noche, puesto que puedo hacer lo que quiera.» Saciado, el conejillo blanco cerró con delicia los párpados y se durmió profundamente.

El sol había traspuesto la montaña, la noche se acercaba y empezaba a hacer un poco de fresquillo. Para el conejillo era la primera noche a la intemperie. Un soplo de viento lo hizo tiritar y lo despertó; sobrecogido de miedo, se apresuró a volver a su casa. Cuando llegó, ya había oscurecido completamente. Su madre le estaba aguardando toda angustiosa en el umbral de la puerta. ¡Qué alegría verle de regreso! Mientras lo atraía con una pata, le preguntó:

— ¡Mi pequeñito! ¡Por fin estás de vuelta! ¿Has podido encontrar alimento, hoy?

— ¡Naturalmente! — replicó el conejito blanco con aire indignado.

— ¿No te ha ocurrido ningún percance desagradable? — insistía la vieja coneja.

— ¡Es claro que no! — mintió el conejito.

Sin embargo, la madre se dio cuenta de que su hocico sangraba y volvió a inquirir:

— ¡Pero me parece que te has hecho daño en la nariz!

Esta observación acabó de irritar a nuestro presuntuoso joven que replicó vivamente:

— ¡No te ocupes tanto de mí, si estoy herido o no! ¡Ahora cada uno vive a sus expensas!

La madre coneja estaba ya acostumbrada a estas rachas de mal humor. Como la noche ya estaba muy

avanzada, prefirió no decir nada más y le recomendó únicamente que se fuera a acostar.

Al día siguiente, mientras el conejito todavía dormía, perezosamente acostado en su blando lecho, la vieja coneja se fue en busca de su sustento.

Cuando el conejito se despertó era casi mediodía. Aguijoneado por el hambre, decidió salir. ¿Quién sabe? Quizás fuera posible encontrar en otro lugar algo más delicioso aún que los frutos de la víspera.

Animado por esta idea, de brinco en brinco llegó poco después a un bancal de melones, pero de unos melones soberbios que despedían un aroma apetitoso. Al conejito se le hacía la boca agua. En los alrededores reinaban la calma y el silencio; entonces sin ningún escrúpulo penetró en el huerto, se devoró un melón, después otro y luego otro más; robó, además, varios de ellos para llevárselos a su madriguera. A su madre le mintió otra vez, asegurándole muy contento que había cogido los melones en las montañas salvajes. Ella ya no preguntó más.

El conejito se pasó el día confortablemente en casa. Cuando acabó de comerse los melones pensó de nuevo en aquel huerto, donde los tenía tan baratos. . . y emprendió el camino que a él conducía. Al acercarse al huerto, escudriñó a su alrededor, echando una mirada circular. Reinaban la calma y el silencio, como en la víspera. El conejito saltó tranquilo al huerto y se puso a comer con mucho apetito los famosos melones. Pero hallándose en tales menesteres apareció el propietario,

sorprendiendo al merodeador en flagrante delito. Muy indignado se acercó a paso de lobo y empuñando bien su bastón asestó un formidable bastonazo a la cabeza del conejito, pero el golpe le falló. El conejito huyó a todo correr.

— ¡Verás tú! ¡Cretino! ¡Bandido! — gritaba el propietario —. ¡Ya te cogeré!

El conejito, muy aterrado, salvó sin detenerse la distancia que lo separaba de su casa y allí se agazapó, con el corazón palpitando, y como otras veces mantuvo en secreto esta aventura y no se atrevió a decir ni una palabra a su madre.

El propietario de los melones, cuando regresó a su casa, hizo cocer un gran caldero de arroz pegajoso. Cuando éste estuvo a punto, lo amontonó, como si hiciera pasta, y formó con él un monigote viscoso. Luego colocó este espantajo en medio del bancal de melones. Al ver de repente el conejito, cuando fue otra vez a robar, que un hombre estaba de guardia, dio media vuelta y se largó de allí rápidamente, pero al echar una mirada hacia atrás vio que el monigote no se había movido de su sitio. Miró más atentamente y notó que el hombre permanecía impasible, sin hacer ningún gesto. El conejito se envalentonó y se aventuró a acercarse; el guardián seguía en una inmovilidad marmórea. Entonces el merodeador cobró confianza en su valor y lanzó dos puñados de tierra al monigote. . . pero éste tampoco rechistó. El conejo no cabía en sí de orgullo; se acercó al guardia y le dijo en tono burlón: «¡Buenos

días! ¿Cómo estás, viejo amigo?» El guarda seguía impertérrito. Dio un paso más y gritó a pleno pulmón: «¡Eh. . . amigo! ¡Buenos días!» El guardián seguía en su mutismo y eso ponía fuera de sus casillas al conejito blanco. «¿Tú no me conoces, verdad? — le dijo —. Pues bien. ¡Voy a darte a conocer mi puño!» Levantó la mano derecha y le dio un puñetazo en pleno vientre. ¡Paf! Su puño atravesó la piel y se hundió hasta las entrañas. «Ese puñetazo no lo olvidará tan pronto», dijo para sí, pero cuando quiso sacar su mano se dio cuenta de que la tenía sujeta. Echó pestes contra el guardián y le dijo: «¿No me quieres dejar marchar? ¡Ten cuidado, si no, te largaré otro puñetazo!» Exasperado por el mutismo del guardia, el conejito alzó el puño izquierdo y golpeó. Y su puño izquierdo también se quedó aprisionado. Mas esto no hizo más que azuzar su cólera. De nada le sirvió jurar ni maldecir, el guardián se mantenía imperturbable, sin rechistar ni menearse. «¡Maldito monigote que ha perdido la lengua! ¡Voy a tener que corregirle a puntapiés!» vociferó el conejito, que no cesaba de echar pestes. Levantó, pues, su pata derecha para arrearle un puntapié, pero se le quedó aprisionada. Arreó con la izquierda y también se le hundió sin poderla sacar. Entonces el pánico se apoderó de él, pero como arrimó el hocico con intención de morder, acabó con la cabeza apresada. Mas el conejito aún no se consideraba vencido. «¿Cómo ese tonto de capirote que no sabe decir palabra ni moverse puede ser capaz de vencerme?» se preguntaba

sorprendido. Arrebatado de cólera se precipitó con todas sus fuerzas contra el guardián, pensando que le podría derribar. ¡Qué error! Todo su cuerpo estaba pegado al monigote y ya no podía moverse. Pero continuó debatiéndose hasta que se le inyectaron de sangre los ojos.

El propietario del campo vio al conejo cogido en la trampa y se echó a reir destempladamente.

— ¡Ah, granùja! ¡Esta vez te has quedado cogido! ¿Vas a seguir robando mis melones?

Dándose entonces cuenta que el guardián plantado en medio del campo no era más que un espantajo, el conejito blanco comprendió cuán tonto había sido.

— ¡Por favor, vecino! ¡Déjeme marchar! — le imploró temblando de miedo —. Ya no robaré nunca más. ¡Sea indulgente!

El propietario de los melones, viéndole arrepentido de su falta y apiadado de su lamentable estado, le prometió dejarle marchar. ¿Pero, cómo se iba a marchar? Todo su cuerpo se hallaba viscoso y apenas si se le veían las orejas. Fue preciso, pues, tirarle de ellas, y tirando se fueron alargando, alargando.

Y según parece desde entonces los conejos tienen las orejas largas.

Después de haber sacado al conejito blanco, el hombre lo dejó marchar sin limpiarle los ojos y por eso hoy los conejos blancos tienen los ojos rojizos.

Los tres tesoros

(Cuento uigur)

Se cuenta de una viuda con dos hijos, que vivió en otros tiempos en un pueblo grande. El mayor era hábil y malicioso y no le costaba mucho trabajo llenar su bolsa, por eso era el niño mimado de su madre y todo el mundo elogiaba su habilidad.

El pequeño era un muchacho leal y simple, sin la menor idea de cómo ganar dinero. Su candor y su ingenuidad eran proverbiales. Su màdre le decía que no servía para nada, su hermano se burlaba de él y la gente le había bautizado con el apodo de «el tonto».

Un buen día su madre le dio unas galletas y le dijo refunfuñando:

— ¡Toma! ¡Coge eso y márchate! Trata de traer algún dinero, de lo contrario no vuelvas a poner los pies en esta casa.

El muchacho se marchó con las galletas. Pero ¿cómo iba a ganar dinero? Más muerto que vivo, se marchó a la aventura, llegando a orillas de un río. Se sentó

para darse un poco de aliento, sacó una galleta y le dio unos bocados. De pronto vio en la orilla a una pequeña serpiente, no más larga que un palillo de comer arroz, que no se movía y parecía bastante enferma. El muchacho se apiadó de ella; colocó a la serpiente en una caja con la idea de que quizás algún día pudiera sacar algún recurso con la venta de ella. Compartió con ella sus galletas. Y así la cuidó con atención. Día tras día la serpiente se fue haciendo grande hasta el punto que ya no cabía en la caja. El muchacho la puso entonces en un pocito de agua y siguió compartiendo su alimento con ella. Pero ésta crecía tan de prisa que muy pronto el pocito resultó demasiado estrecho y un día la serpiente suplicó en estos términos a su bienhechor:

— Hazme la merced de llevarme hasta el gran río, si no voy a languidecer aquí hasta la muerte.

El muchacho se encontró muy confuso y le confesó:

— Pensaba venderte por un poco de dinero, de lo contrario mi madre jamás me dejará entrar en casa.

La serpiente lo miró y le dijo:

— Ganar dinero es fácil. Yo te prometo que te harás rico; llévame al río.

El muchacho se puso a trenzar una gran cesta de juncos para llevar a la serpiente a su espalda al río. Apenas se lanzó la serpiente en el agua, ante los asombrados ojos de su amigo, se metamorfoseó en un soberbio dragón de alas y escamas de oro, que soplaba y aleteaba entre las olas y al cabo de un instante asomó del agua y dijo al muchacho:

— Te traigo un borriquillo como regalo.

Inmediatamente salió del río un borriquillo y el dragón prosiguió:

— ¿Quieres oro? No más tienes que decirle al borriquillo: «¡Hazme oro!» y te hará todo el que quieras. ¿Quieres dinero? Le dices: «¡Hazme dinero!» y te lo hará enseguida.

Maravillado, el muchacho le quedó muy agradecido a su amigo y emprendió el camino de regreso, tirando del borriquillo por el ronzal, pero el dragón lo llamó para recomendarle:

— ¡Ten cuidado! Sobre todo no digas nada de esto a nadie.

El muchacho asintió y se alejó.

A medida que marchaba, la noche iba extendiendo su manto; por fortuna en aquellos parajes había una posada y a ella se dirigió, con objeto de pasar allí la noche. El posadero se adelantó a recibirlo y condujo el borriquillo al establo.

—¡Dale bien de comer — le recomendó el muchacho —, pero, sobre todo, no le pidas que te haga oro!

El posadero así lo prometió, aunque se quedó muy intrigado por tan extrañas palabras. Mediada la noche, el posadero se introdujo a paso de lobo en el establo y dando una palmada en la grupa del asno, pronunció la frase: «¡Borriquillo, hazme oro!» Y al punto de pronunciar estas palabras, nuestro posadero se quedó perplejo al ver en el suelo oro macizo de brillantes reflejos. Desbordando de incontenible alegría, se fue corriendo a su propio establo y con el mayor sigilo cogió otro borriquillo parecido que tenía y lo puso en el mismo pesebre que ocupaba el burro mágico, llevándose a éste a un escondrijo seguro.

Al apuntar el día, el muchacho estaba ya en pie y dispuesto a proseguir su camino. El posadero, aparentando una bondad apostólica, lo colmó de atenciones, se apresuró a desatar el ronzal del borriquillo, que puso en sus manos, y le deseó buen viaje.

Cuando la madre vio llegar a su hijo tirando de un borriquillo, le preguntó:

— Entonces, ¿cuánto dinero me traes?

— Madre — respondió, rebosando de alegría —, trae enseguida un tapiz nuevo, pues mi borriquillo nos dará todo el oro que nosotros queramos.

La madre no podía dar crédito a lo que oía. Fue por el tapiz nuevo y lo extendió allí sobre el suelo. El muchacho colocó el borriquillo sobre el tapiz, le acarició la espalda a la vez que le decía:

— ¡Borriquillo, borriquillo, hazme oro!

Como el burro permanecía insensible, repitió su ruego, pero fue en vano. Comenzaba ya a inquietarse, cuando su madre, encolerizada, le dijo estas palabras:

— ¿Qué estúpida farsa me estás representando?

— Ten paciencia, madre; estoy convencido de que dará oro — la tranquilizaba el muchacho.

Al cabo de un instante, el borrico no hizo oro sobre el tapiz, sino boñigos. La cólera puso fuera de sí a la mujer, quien agarrando a su hijo le dio una paliza y luego lo puso de patitas en la calle junto con el burro.

El muchacho, que había recibido tantos golpes sin saber por qué, estaba muy resentido con el dragón, por lo que se dirigió con el borriquillo a orillas del río, donde se lamentó a grandes gritos. Las olas se hicieron más altas y entre éstas apareció el dragón.

— Amigo, ¿a qué vienes — le preguntó.

El niño le respondió lleno de rencor:

— No tenías que haberte burlado de mí por nada del mundo. ¡Toma tu borriquillo! ¡Vaya! ¿Conque tenía que hacer oro, eh? ¡Nunca en la vida!

— Si tú no quieres el borriquillo — replicó el dragón sin darse la pena de justificarse —, ¡pues bien!, te daré otra cosa. Y desapareció entre las olas para volver a aparecer con un mantel sobre el cual le dijo:

— ¡Toma, es para ti! Cuando tengas hambre, extiendes el mantel y te servirá los platos que sean de tu gusto.

Cargado con tan precioso mantel, el niño emprendió otra vez el camino de regreso. Como la tarde estaba ya muy avanzada, al llegar a la posada tuvo que pedir nuevamente albergue para pasar la noche.

Cuando lo vio el posadero puso cara de mal agüero, pues se alarmó mucho pensando que le reclamaría el borriquillo. No obstante, como el joven huésped no decía ni palabra, se fue tranquilizando poco a poco. Antes de acostarse, el muchacho plegó cuidadosamente el mantel y lo colocó en un rincón, rogando al posadero que no lo tocara y, sobre todo, que no le pidiera platos. Este, con aire bonachón, asintió con la cabeza, mientras se reía para su capote, convencido de que se trataba de una nueva maravilla. Cuando el huésped quedóse dormido como un tronco, entró en la habitación y se llevó subrepticiamente el famoso mantel, sustituyéndolo por otro igual. Al canto del gallo, el muchacho se levantó, cogió el mantel y reanudó su camino.

Al llegar a su casa, anunció la feliz nueva a su madre:

— ¡Mira, traigo un mantel extraordinario! ¡Puedo pedir para ti los platos que te dignes indicar!

Incrédula, la madre le preguntó:

— Pero, ¿a quién demonio le vas a pedir platos?

No más tienes que manifestar tus deseos — replicó el muchacho extendiendo el mantel —, y éste te los servirá.

— Entonces, pídele arroz — dijo su madre.

— ¡Bueno! — respondió el niño —. Y dirigiéndose al mantel, agregó: — ¡Sírveme arroz!

Pero de nada le valió insistir, ni nada aparecía sobre el mantel. La fiera de su madre agarró al muchacho, le propinó otra paliza y lo puso de nuevo en la calle.

El muchacho volvió de nuevo a la orilla del río, llamó al dragón y le dijo:

— ¿Por qué disfrutas burlándote de mí? ¿Por qué me hablas de tesoros si no tienes ninguno? Ya me han pegado dos veces por nada.

— Espera un minuto — replicó el dragón sin pedir más explicaciones —, voy a buscarte otra cosa.

Apareció con un garrote que ofreció al niño con esta recomendación:

— Esta vez advertirás al posadero que de ningún modo debe decir al garrote: «¡Garrote, garrote, pégame!» ¡Sobre todo, no lo olvides!

Provisto de su garrote, el muchacho reemprendió el regreso.

El posadero se regocijaba para sus adentros de su llegada, pensando que sería portador de un nuevo talismán y le hizo los honores de la casa.

Antes de acostarse, el niño colocó el garrote a su lado y le dijo al posadero:

— Sobre todo no le digas: «¡Garrote, garrote, pégame!» —, a lo que el otro asintió con la cabeza:

— ¡Claro que no, claro que no! Puede usted estar tranquilo.

Cuando en lo más profundo de la noche todo el mundo dormía, el posadero robó el garrote y tan pronto estuvo en su habitación, gritó: «¡Garrote, garrote, pégame!» Apenas se le escaparon estas palabras de los labios, el garrote saltó de sus manos y le propinó en pleno cráneo un golpe tan formidable que le hizo gritar de dolor, luego le persiguió por todas partes moliéndole a palos. Horrorizado, el posadero las pasó de todos colores, el rostro se le había desfigurado, tenía los ojos tumefactos y no encontraba ningún lugar donde guarecerse de los golpes que llovían a mansalva. Entonces acudió presuroso ante el joven para implorarle con las manos juntas:

— ¡Recoge pronto tu garrote, por la gracia de lo que más quieras! ¡Que me muero. . . ! Yo te devolveré tu borriquillo y tu mantel.

A la mañana siguiente, llevando el mantel y el famoso garrote y tirando al trote del ronzal del borriquillo, el muchacho emprendió de nuevo el camino de regreso, dichoso, al fin, de poder llevar a su hogar tantos tesoros.

La palanca mágica

(Cuento de la nacionalidad yi)

En el país de los yis, en Yunnan, se alzaba una colina denominada Guanyin. Los boyeros del pueblo iban a descansar todos los días junto a un estanque de aguas nítidas, en el medio del flanco de la colina, mientras sus rebaños pastaban en las laderas y los bueyes se apaciguaban en el estanque.

Se calculaba en noventa y nueve los bueyes que todas las mañanas iban a apacentar. Y, cosa sorprendente, a mediodía siempre había uno más y al mismo tiempo entre los boyeros aparecía una joven encantadora, bella como un sol. Pero cuando el sol se ponía, los bueyes volvían a ser noventa y nueve y la hermosa joven había desaparecido.

La muchacha era muy instruida y tenía un repertorio inagotable de maravillosas historias, tanto es así que se había ganado completamente el corazón de todos los muchachos.

— Tenéis un buey sagrado en vuestro rebaño — dijo un día a sus amigos —. Incluso las aguas se someten a

él y le abren paso. Tiene muchos dones. Es capaz de andar sobre la superficie de las olas, se podría atravesar sin dificultad, montado en su espalda, los más vastos mares y los más profundos océanos; utilizando como palanca una sola de sus crines, se podría levantar una carga de varias toneladas sin fatigarse lo más mínimo.

Los boyeros hervían de impaciencia por saber cuál de ellos era ese buey extraordinario. Pero la muchacha se guardó bien de revelárselo, advirtiéndoles únicamente que nadie podría beneficiarse de sus dones, excepto el más honesto.

Un día, todos los boyeros se habían subido a los árboles para coger frutas, cosa que aprovecharon los bueyes para introducirse en un campo de maíz que se hallaba al pie de la colina. El viejo que vigilaba los campos tomó la palanca que empleaba para llevar sus haces y empezó a echarlos, uno por uno, golpeándolos con la palanca. Esta, desgastada ya por los largos años de uso, en los cuales tantas veces la había mojado la lluvia y resecado el sol, se hallaba carcomida y rajada; como frotó las espaldas de los bueyes, se quedaron adheridos a ella mechones de pelo.

El sol se inclinaba ya hacia el Oeste cuando el viejo se disponía, como de costumbre, a regresar con su provisión de leña seca.

«Qué ligera es esta leña hoy», se dijo sorprendido el buen hombre, al ajustar la palanca sobre sus espaldas, por lo que decidió agregarle unos haces más, pero como el peso no aumentaba mucho, continuó apilando haces

en dos montones, dejando entre ambos un espacio muy pequeño, casi insuficiente para colocarse él; sin embargo, levantó fácilmente su carga y con paso gallardo se marchó con ella a su casa.

Desde entonces, todas las mañanas el buen hombre se iba a la ciudad a vender sus haces de leña para ganarse el pan. Incluso tenía algunas sartas de sapecas economizadas. Poco a poco su vida iba mejorando.

Un buen día, cuando se dirigía a la ciudad, encontró a un rico burgués que se mostró muy sorprendido al ver llevar con tanta comodidad unos montones de leña tan grandes. Su sorpresa fue mayor cuando se dio cuenta de que era un hombre de edad el que llevaba la carga. «¿Cómo puede llevar una carga tan grande?», se preguntaba en su fuero interno.

Abordó pues al viejo para poner en claro el enigma.

— ¡Mi palanca es mágica! — le declaró éste.

El burgués no quería creerlo sin tratar de levantar él mismo la carga que, en efecto, pesaba menos que una pluma.

— Te ofrezco — le dijo, asediándolo con ojos de codicia —, quinientos taels de plata por tu palanca.

El hombre pensó al principio rechazar la oferta, pero considerando que con quinientos taels podría vivir holgadamente hasta el fin de sus días, aceptó deshacerse de la palanca.

Una vez en su casa, el codicioso burgués, que se hallaba en el colmo de la alegría, devoraba con sus ojos su tesoro. Viendo que la palanca estaba partida y rugosa, indigna de un hombre de su condición, la llevó al más famoso ebanista de la ciudad y la hizo cepillar, pulir y barnizar. Satisfecho del trabajo, no se dio cuenta de que los pelos del buey sagrado se perdieron con la viruta que el cepillo había sacado.

Su mujer se quedó estupefacta al verle ese día tan loco de alegría. ¡Incluso el año anterior, el día en que las rentas le reportaron más de mil quintales de grano, no había estado tan contento!

Después de saber por boca de su marido la historia de la palanca, quiso hacer ella misma la experiencia. Para no cargarse demasiado, puso solamente un peso de diez kilos en cada extremidad; luego trató de levantar la palanca, pero fue inútil.

— ¿Esto es una palanca mágica? ¡Tú estás soñando, querido esposo!

Sin embargo, el burgués, cuya alegría nadie podía aplacar, dijo desdeñosamente:

— ¡Las mujeres no sabéis nada! ¡Ahora vas a ver!

Y diciendo esto, agregó otros cincuenta kilos en cada lado y, a su vez, se vio impotente para colocarse el travesaño a la espalda.

— ¡Demonio! — dijo sorprendido —, ¿qué ha pasado?

Había pasado, como saben ustedes, que la palanca dejó de ser mágica.

Indice

EL PESCADERO Y «YACK EL TUERTO» 3
LA TORTUGA PRESUNTUOSA 7
LA CHACHATATUTU Y EL FENIX 12
LA LIEBRE Y EL MERCADER 17
DISTRIBUYAMOS EL TRABAJO 20
EL CUERVO CASTIGADO 22
EL DESQUITE DEL CONEJO 29
EL ZORRO REY 32
EL CAMELLITO 35
LA JUSTICIA Y EL DINERO 40
LOS SIETE HERMANOS 45
LA MUERTE DEL TIGRE 51
EL LOBO FRUSTRADO 57
EL MUÑECO DE AZUCAR 65
EL TIGRE ENCUENTRA A SU MAESTRO 73
EL ZORRO, EL MONO, EL CONEJO Y EL CABALLO . 76
EL DUELO DEL BUFALO Y EL TIGRE 79
EL PICAPEDRERO AMBICIOSO 83
HISTORIA DEL CONEJITO BLANCO 88
LOS TRES TESOROS 98
LA PALANCA MAGICA 106

中国民間故事选第二集
插图作著：米谷
*
外文出版社出版（北京）
1959年4月第一版
1962年2月第二版
編号：（西）10050—326
（繪）00180
（平）00140

10—S—284